

**INFORME POLITICO
AL CONGRESO CONSTITUYENTE
DEL PARTIDO COMUNISTA
REVOLUCIONARIO**



POSICION
POLITICA
DE LOS
COMUNISTAS
REVOLUCIONARIOS

INFORME POLITICO

Camaradas:

Después de batallar cerca de dos años para unificar los auténticos revolucionarios, tras los inmortales principios del Socialismo Científico y habiendo forjado una organización que posee ramificaciones nacionales y en cuyas filas militan valiosos cuadros y dirigentes medios del movimiento popular, nos reunimos en este Primer Congreso Marxista-Leninista del Partido Comunista. Nuestro propósito es arrebatarnos el honroso nombre de comunistas, creando ahora el Partido Comunista Revolucionario, a los revisionistas, que lo han desprestigiado y enlodado practicando una política oportunista y renunciando a los principios fundamentales del marxismo-leninismo.

En este histórico torneo debemos echar las bases leninistas de organización de este Partido; elegir a sus dirigentes; aprobar su Programa y trazar la línea política y los planes de acción que nos permitirán, en las actuales circunstancias, desarrollar la lucha de masas para transformarla progresivamente en una lucha armada revolucionaria de masas por el poder.

Demás está decir que nuestro pueblo necesita en for-

ma urgente y vital este Partido Revolucionario para que dirija sus combates destinados a liberarse de su miseria y explotación. No queremos dar aquí los datos de los sufrimientos de los trabajadores de nuestro país, que hacen apremiante su necesidad de derrotar a los reaccionarios. Nosotros no hablamos, como los revisionistas, para conmover a estos últimos, describiéndoles su obra criminal, sino para quienes sufren en carne propia su explotación y no necesitan, por lo mismo, que les sea descrita. Nos interesa sí, comenzar identificando, aunque sea brevemente, a los enemigos fundamentales de nuestro pueblo, para trazar con justeza la estrategia y táctica más eficaces para derrotarlos, así como para determinar el carácter de la revolución en esta etapa.

Chile, como lo define nuestro Proyecto de Programa, es un país semi-colonial dependiente del imperialismo yanqui, con una economía agraria atrasada a causa de la existencia del latifundio y de fuertes resabios feudales en el campo y dotado, en comparación con la mayor parte de las otras naciones coloniales y semi-coloniales, de un cierto desarrollo industrial.

Todo lo anterior significa que las grandes masas populares chilenas sufren la creciente explotación y dictadura de diversas clases y capas reaccionarias. La historia del pueblo de Chile es, por lo tanto, la historia de la intensificación de su miseria, con sus secuelas de hambre y mortalidad prematura, para enriquecer a un puñado de explotadores nacionales y extranjeros. Numerosos gobiernos se han sucedido en el siglo y medio de existencia de nuestro país, pero este proceso de empobrecimiento de nuestro pueblo ha seguido intensificándose en forma ininterrumpida y progresiva.

El imperialismo norteamericano, desde que puso su garra agresiva y rapaz en nuestra tierra, ha continuado paso a paso apoderándose de más riquezas nacionales, de nuevos aspectos de nuestra economía, de una mayor cantidad de plusvalía de nuestros obreros; ha intensificado

sin interrupción su control sobre nuestra política interna e internacional y ha multiplicado el veneno de su propaganda reaccionaria en la conciencia de nuestros compatriotas. El imperialismo yanqui, enemigo N^o 1, hoy, de los pueblos del mundo, vive como un vampiro chupando la sangre, también, del pueblo chileno: su trabajo y los frutos de su trabajo. Baste decir que tan sólo explotando nuestro cobre, una de las tantas riquezas que saquea en nuestro país, se ha llevado en cincuenta años, más de 4 mil millones de dólares, es decir, casi un tercio del valor de todo el patrimonio nacional. Si consideramos, por lo tanto, el monto completo de lo que nos roba, no es exagerado suponer que ya se ha llevado el equivalente al total de ese patrimonio.

Ya es una costumbre obligada en nuestro país, que cada gobierno, como retribución al hecho de que el imperialismo norteamericano le permita llegar al poder y lo apoye para ello, le entregue a éste nuevas prebendas. Algo así como la dote que las novias debían garantizar a la familia del novio en el pasado. Este gobierno, en el que tanta fe ponen los revisionistas, no ha sido una excepción y uno de sus primeros proyectos de ley ha sido la consagrada ofrenda a los monopolios norteamericanos. Es así como a través de los llamados "Convenios del Cobre", les permite a estas compañías imperialistas llevarse en 20 años, o sea, en menos de la mitad del tiempo que emplearon en el pasado, bastante más de 4 mil millones de dólares.

A lo anterior se suman las utilidades que obtiene el imperialismo yanqui a través de la explotación del salitre y del hierro chilenos, de varias empresas de utilidad pública, de los intereses a los préstamos efectuados a varios gobiernos, del control de nuestro comercio exterior y de gran parte del comercio interno mayorista, así como de su propiedad, inversiones o arriendo de patentes a numerosas empresas industriales y comerciales o de otro tipo.

Estas fabulosas riquezas que saquea año a año el imperialismo yanqui en nuestro país, no sólo están matando de hambre a las masas populares de nuestro país y frenando nuestro desarrollo económico, sino que, son empleadas para asesinar directamente a otros pueblos hermanos, como el de Santo Domingo y Vietnam, que combaten por sacudirse de su explotación. Doble razón para que luchemos para apresurar la expulsión de los monopolios yanquis de Chile.

Junto a los monopolios norteamericanos, se cuenta entre los más pérfidos explotadores de nuestro pueblo, a los grandes terratenientes, los peores de los cuales concentran y acaparan en unas tres mil propiedades nada menos que el 69% del total de la superficie agrícola del país. Los latifundistas, como verdaderas aves de rapiña, se enriquecen manteniendo improductivas la mayor parte y las mejores tierras de Chile, para provocar así la escasez de alimentos y productos agropecuarios y poder de este modo subir los precios a medida que la demanda aumenta. Luchan, pues, directamente con el hambre de muchos de nuestros compatriotas y con el sabotaje a la economía nacional, obligando, entre otras cosas, a gastar más de 100 millones de dólares anuales en importar productos agrícolas.

Este mismo papel regresivo del latifundio y del imperialismo (interesado en mantenernos como simples productores de materias primas para su industria), juega en el terreno industrial y comercial, la burguesía monopolista y financiera. Este sector de alta burguesía basa, también, sus gigantescas utilidades más en privilegios derivados de su control dominante y excluyente de casi toda competencia sobre rubros básicos de nuestra economía, que en un desarrollo y crecimiento de ésta.

Esta burguesía monopolista y financiera la constituyen cierto número muy reducido de bancos y sociedades anónimas industriales o comerciales, que controlan la mayor parte de los capitales y utilidades de nuestra

economía. Como ejemplo de esta concentración monopolista, podemos decir, que tan sólo 59 sociedades anónimas de un total de unas mil 200, poseen casi el 60% de los capitales invertidos en ellas y, por lo mismo, arrastran con la mayor parte de las utilidades; el 3% del número total de empresas manufactureras controladas, detentan el 57% del capital total existente en ellas y sólo 7 bancos, controlan el 61% de los capitales invertidos en la actividad bancaria. Como por otra parte estos intereses se entrelazan resulta que, alrededor de una docena de clanes, que operan en la industria, seguros, comercio, finanzas, latifundio y otros rubros, controlan en su mayor parte la vida económica del país.

A estos sectores de grandes explotadores se agrega el numerosísimo conjunto de sectores burgueses y propietarios agrícolas de menor cuantía, en comparación con los anteriores, que van, desde capitalistas y agricultores no-monopolistas bastante poderosos dado el desarrollo industrial de Chile, hasta diversas capas de industriales, comerciantes y campesinos medios y pequeños.

FRENTE UNICO REVOLUCIONARIO

Como puede verse los sectores que explotan al proletariado chileno son muchos y algunos muy poderosos. Esto aconseja el derrotarlos por separado y por etapas, venciendo, primero, a los más grandes y reaccionarios y, luego, a todo el resto. Por ello es que planteamos, como primera etapa de la marcha hacia el socialismo, la realización de una Revolución Democrático-Popular, anti-imperialista, anti-latifundista y anti-monopolista.

La base objetiva que permite, en ciertas circunstancias y por cierto tiempo, arrastrar a una lucha contra los enemigos fundamentales de nuestro país, (o por lo menos, neutralizar) a ciertos sectores explotadores menos

poderosos que aquellos, deriva de las contradicciones que existen entre ambos. En efecto, los industriales, comerciantes y agricultores medios y pequeños, no sólo explotan trabajo ajeno, sino que, son, al mismo tiempo, explotados por el imperialismo, los latifundistas y la burguesía monopolista y financiera en distintas medidas.

Desde el punto de vista del proletariado es altamente conveniente aprovechar las mencionadas contradicciones, no sólo para tratar de impulsar a estos enemigos menores a chocar con los más poderosos, sino que, para impedir que estos últimos los atraigan a su lado y los empleen activamente contra la clase obrera.

Esta política de alianzas para desarrollar la revolución es la esencia de la estrategia marxista-leninista. "Obtener la victoria, escribe Lenin, sobre un adversario más poderoso, únicamente es posible poniendo en tensión todas las fuerzas y utilizando obligatoriamente con solicitud, minuciosa prudencia y habilidad, la menor "grieta" entre los enemigos, toda contradicción de intereses entre la burguesía de distintos países, entre los diferentes grupos o diferentes categorías burguesas en el interior de cada país; hay que aprovechar igualmente las menores posibilidades de obtener un aliado de masas, aunque sea temporal, vacilante, inestable, poco seguro, condicional. El que no comprende esto, agrega, no comprende ni una palabra de marxismo ni de socialismo científico contemporáneo en general. El que no ha demostrado en la práctica, durante un intervalo de tiempo bastante considerable y en situaciones políticas bastante variadas, su habilidad para aplicar esta verdad a la realidad, no ha aprendido todavía a ayudar a la clase revolucionaria en su lucha por liberar de la explotación a toda la humanidad trabajadora".

Por ello es completamente infantil y absurda la posición planteada, de acuerdo con consignas tan viejas como fracasadas, por el minúsculo grupo trotskista existente en Chile, en el sentido de impulsar al proletariado

a enfrentarse sólo contra todos los explotadores a la vez, propiciando de inmediato la revolución, es decir, la liquidación de todos los que, de un modo u otro, viven del trabajo ajeno. Esta postura que se envuelve en una fraseología "revolucionaria" es en realidad reaccionaria, pues, conduce a aislar a la clase obrera facilitando el aplastamiento de sus acciones por todos los explotadores coaligados. Demás está decir que nunca los obreros, en parte alguna del mundo, se han liberado siguiendo esta estrategia sectaria.

Los trotskistas, a falta de argumentos de peso y de experiencias para fundamentar su absurda tesis, han pretendido atribuir el fracaso, que hasta ahora ha tenido el movimiento popular en Chile, a la formación de Frentes Unicos, por parte de los revisionistas. Más aún, pretenden identificar "revisionismo" con el concepto de revolución por etapas y con la estrategia de formar frentes únicos. Sin embargo, si así fuera, habrían sido revisionistas la revolución rusa y china, en las que también se dieron etapas con una estrategia bien diferenciada del partido revolucionario en cada una de ellas, así como frentes únicos; y lo sería, así mismo, la revolución del pueblo vietnamita, que triunfó en el norte y combatió en el sur dentro de esta misma línea.

Junto con rechazar las falsas concepciones trotskistas es preciso, sin embargo, diferenciar nítidamente los procedimientos que nuestro Partido plantea para construir el Frente Unico revolucionario, de aquellos métodos conciliadores y equivocados que emplean los revisionistas. Estos últimos, por ejemplo, "poniendo la carreta delante de los bueyes", se preocupan para formar frentes únicos, primordialmente de los sectores burgueses y pequeño-burgueses, sacrificando, incluso, la política independiente y dirigente que debe tener el proletariado en ellos, con la pretensión de conquistar así a los sectores no proletarios. Piensan que la alianza con estos sectores no-proletarios consiste en plegarse a su espíritu vacilante, timorato, arri-

bista y en rebajar los planteamientos y la lucha revolucionaria del proletariado, para "tranquilizarlos" e incorporarlos engañados al Frente Unico. En suma, no conciben el factor de movilización de los aliados no-proletarios hacia el Frente Unico, como un factor de fuerza, de firmeza ideológica y combativa de la clase obrera y de su más fiel aliado: el campesinado. Sólo piensan en las concesiones que estos últimos deben realizar para comprar el apoyo de las capas no-proletarias; en cederle a estas últimas la dirección del Frente Unico para interesarlas en él.

Sin embargo, esta política claudicante sólo puede conducir a que apoyándose los sectores burgueses y pequeño-burgueses de la dirección del Frente Unico, lo conduzcan a la conciliación con los enemigos principales y al fracaso o para que terminen traicionándolo abiertamente. Significa, además, abandonar la perspectiva socialista de la Revolución Democrático—Popular que sólo puede garantizarse por la dirección proletaria; transformándola en una empresa democrático-burguesa, condenada en nuestra época al fracaso o en el mejor de los casos, a degenerar en un nacionalismo burgués reaccionario.

Nosotros, al revés de los revisionistas, pensamos que en la organización del Frente Unico es necesario poner en primer plano la alianza obrero-campesina. Más aún, consideramos que el desarrollo de la alianza de la clase obrera con otros sectores burgueses, mientras no se haya consolidado un poderoso frente proletario-campesino, es inútil y peligrosa. Como primera etapa en la gestación del Frente Unico creemos por consiguiente, que hay que promover la movilización del proletariado y el afianzamiento de su alianza con los campesinos. El resto de las fuerzas podrán ser incorporadas luego y lo serán, presumiblemente, partiendo por los sectores no-proletarios menos adinerados y que explotan en menor escala trabajo ajeno. Estos son, en efecto, los que mayores contradicciones tienen y menores vínculos con los enemigos más poderosos.

Otro asunto que no podemos perder de vista y que nos

distingue, también, radicalmente de los revisionistas, es la mecánica misma con que serán atraídos o mejor dicho, arrastrados los sectores no-proletarios al Frente Unico.

Nos parece que la incorporación al Frente Unico de dichos sectores, no se logra principalmente por medio de simples promesas o argumentos teóricos, sino, ante todo por medio de la fuerza. Es la potencia de una enérgica y consecuente lucha obrero-campesina, incluso de la lucha armada, lo que permite inclinar hacia el lado revolucionario a numerosos sectores intermedios y vacilantes.

La vigorosa combatividad obrero-campesina les hará comprender de que lado está inevitablemente el triunfo y al lado de quien conviene estar en esa hora. Esta misma fuerza será para ellos, por otra parte, la garantía de que les serán cumplidas y respetadas las franquicias que se les otorgue en aras de su participación en la lucha anti-imperialista, anti-latifundista y anti-monopolista. Así entenderán, también, las consecuencias que les significa el ponerse al lado de los enemigos del pueblo.

Por otra parte, el proletariado no debe abandonar su lucha de clases contra estos aliados no-proletarios y burgueses, ni menos sus principios, métodos de combate y dirección del Frente Unico, para lograr así, como pretenden los revisionistas, su incorporación a dicho Frente. Si bien estos aliados burgueses no serán combatidos con igual rigor que los enemigos principales, a quienes hay que destruir y aplastar en esta etapa, no por eso los proletarios que ellos exploten renunciarán a una firme y consecuente defensa de sus intereses de clase. Con esa renuncia, lejos de atraerlos más fácilmente al Frente Unico, se les permitiría descargar la crisis que les provoca la explotación del imperialismo y de los sectores nacionales ultra-reaccionarios, sobre sus obreros, lo que hace imposible utilizar sus contradicciones con los enemigos principales para moverlos a combatir contra ellos.

Entre los diversos estratos burgueses existentes en Chile, se ha distinguido en nuestro Proyecto de Programa, una

capa de burguesía no-monopolista pero bastante poderosa, consecuencia del desarrollo capitalista avanzado que existe en nuestro país. Estos burgueses, si bien tienen algunas contradicciones con los sectores retrógrados y con el imperialismo y se encuentran vinculados a formas económicas más progresivas que aquellos; tienen, al mismo tiempo, fuertes vínculos con los enemigos principales y explotan una gran cantidad de trabajo ajeno. Esto último determina que su antagonismo con el proletariado sea extremadamente fuerte. Ocupan, por lo tanto, un sector intermedio que los sitúa entre los adversarios fundamentales y las capas burguesas medias del Frente Unico. Por lo mismo, hemos considerado que, si bien no es justo confundirlos con las capas más reaccionarias dándoles siempre el mismo tratamiento que a aquellas, tampoco, lo es el hacerse ilusiones en cuanto a su incorporación a un Frente Unico revolucionario. A menudo, incluso, este sector es utilizado, como parece estarlo siendo en el presente, por el imperialismo para atraer a las capas burguesas menos desarrolladas a un Frente Unico contra el proletariado. Son, además, extremadamente peligrosos, particularmente dentro de la estrategia revisionista del Frente Unico, ya que estos tienden a considerarlos como el prototipo de la "burguesía progresista" y a dejarse engañar por ellos otorgándoles puestos dirigentes en el Frente Unico.

De esta capa han salido frecuentemente los "abanderados populares" en que los revisionistas han confiado, permitiéndoles engañar al pueblo primero, para luego traicionarlo en la forma más inicua.

Los revolucionarios no debemos hacernos ilusiones respecto a este sector de nuestra burguesía, pequeño en número pero de gran influencia, teniendo claro que sólo en etapas muy avanzadas del progreso revolucionario, lograremos, a lo sumo, dividir sus filas conquistando o neutralizando a algunos pocos. Dado su carácter de empresarios individualmente poderosos la conducta personal tiene en esta capa gran importancia y, por lo mismo, nuestra con-

ducta con ellos debe guiarse por la práctica, es decir, por la actitud que en cada circunstancia demuestren frente a la lucha proletaria. Todo ello, por cierto, dentro de una extrema vigilancia revolucionaria. A aquellos que se plieguen al campo enemigo le daremos el mismo trato que a éste y a quienes se mantengan neutrales o ayuden de algún modo a la lucha popular les daremos un trato diferente. Queda en pie, sin embargo, la necesidad de estudiar en forma más concreta a esta capa de la burguesía y, particularmente, sus vinculaciones con el imperialismo para trazar frente a ella una justa política.

Si se observan y analizan las diversas experiencias de frentes únicos en cuya organización y conducción ha tenido influencia el llamado Partido Comunista de Chile, se podrá constatar, que todos ellos, en mayor o menor grado, han adolecido de los defectos revisionistas que hemos criticado. Esto, por su parte, es la consecuencia de otro, hecho, del que debemos tomar conciencia en este Congreso, aunque sea tardíamente y nos duela a quienes hemos militado muchos años en el Partido Comunista de Chile, y es, que dicho partido, no ha sido jamás íntegramente una organización revolucionaria y marxista-leninista.

EL VIEJO PARTIDO COMUNISTA

Realizado, en efecto, un balance histórico de la línea y conducta política del Partido Comunista de Chile, resulta fácil constatar que éste nunca ha planeado, preparado, ni menos puesto en práctica, la organización de una lucha armada revolucionaria de masa con el objeto de conquistar el poder.

Es decir, se ha rehuído la esencia del marxismo-leninismo como estrategia y táctica política, "el carácter inevitable de la revolución violenta" de que habla Lenin; el punto final y fundamental del Manifiesto Comunista de

Marx y Engels, en que se afirma que los comunistas "proclaman abiertamente que sus objetivos no pueden ser alcanzados sino por el derrumbamiento violento de todo el orden social existente". Este abandono, consciente o no, para el caso da lo mismo, del único procedimiento que, en última instancia, permite hacer la revolución, ha sido, sin duda, la causa fundamental de todos los fracasos, errores, engaños, frustraciones y traiciones, que ha sufrido nuestro pueblo bajo la dirección del viejo Partido Comunista y de otras fuerzas revisionistas.

Sin ir más lejos, los defectos básicos que hemos señalado en los frentes únicos gestados por dicho partido, es decir, la subordinación del proletariado a otras fuerzas y la renuncia a su papel dirigente; las claudicaciones a las que ha sido arrastrado; su incapacidad para paralizar las vacilaciones de sus aliados y castigar sus traiciones; la renuncia a sus principios y a su combatividad, etc., derivan de que ha sido conducido por los revisionistas a actuar, exclusivamente, en el terreno en que es más débil, el terreno legalista y pacifista escogido por la burguesía.

En lo que respecta al frente sindical ocurre una cosa parecida. La debilidad de la Central Única y de otros organismos sindicales; el descrédito de los dirigentes frente a sus bases; la baja militancia sindical organizada en proporción al número de trabajadores, así como la incapacidad de estos organismos siquiera para impedir el acelerado empeoramiento del nivel de vida del pueblo y el retroceso de innumerables derechos adquiridos antes, son consecuencia de la separación que los revisionistas han hecho entre la lucha reivindicativa y su fase superior: la lucha revolucionaria de masas destinada a conquistar el poder por la violencia. Como han abjurado y renunciado a la toma por la violencia del poder, se ven continuamente obligados a frenar el desarrollo de la lucha reivindicativa para mantenerla dentro de los términos legales y pacíficos aceptables para la burguesía. De esta manera han reducido la acción reivindicativa a seguir ciertos procedi-

mientos establecidos en el Código del Trabajo, los que, por lo demás, han sido cada vez más restringidos por las clases dominantes, para obtener a la postre menguadas conquistas que son rápidamente arrebatadas a los trabajadores, por medio de alzas de precios, impuestos y otros infinitos recursos que los explotadores aplican desde el poder.

Es así como incluso las grandes acciones huelguísticas de la Central Unica de Trabajadores, emprendidas al margen de un desarrollo general de la lucha de masas destinadas a derrocar a las capas más reaccionarias y, desligada del desarrollo de la lucha de masas en el campo, que es donde debe estar centrado el combate armado por el poder y emprendidas en tanto los trabajadores carecen de un ejército popular y de toda orientación y preparación para avanzar más allá de una huelga política urbana, fracasaron conduciendo a las masas, que en ellas participaron, al desaliento y a la desorganización.

Lo anterior explica que la CUT, precisamente después de dar algunas de las más grandes batallas huelguísticas conocidas en nuestro país, como lo fueron los paros generales de 1954 y 55, lejos de resultar fortalecida y de conquistar los puntos que se solicitaban, debió replegarse, prácticamente sin nada entre las manos y alcanzando el más alto grado de desprestigio ante sus propios afiliados. Es así, como estas grandes huelgas, punto culminante de la CUT, fueron también el comienzo de su decadencia de la que nunca se ha recuperado. Como los trabajadores no tenían perspectiva ni preparación para llevar su combate más allá de la huelga general en las ciudades, por las causas ya señaladas, al gobierno le fue suficiente encarcelar a los dirigentes y esperar con toda tranquilidad que el paro se desgranara solo, como efectivamente ocurrió. Por cierto que las consecuencias de una derrota de esta especie no son las mismas que cuando las masas, contando con el campesinado y con métodos más avanzados de lucha, son capaces de ama-

gar seriamente la estabilidad de las clases gobernantes, obligándolas a jugarse enteras para detener por la fuerza al pueblo. Una derrota en estas nuevas condiciones no es lo mismo que tener que abandonar la acción por impotencia y falta de perspectivas y reservas y de ella se desprenden profundas lecciones para el pueblo, sobre nuevas formas de combate, acerca del carácter despiadado de sus explotadores y de la necesidad de prepararse mejor para derrotarlos a través de una lucha armada prolongada.

Pero los revisionistas, que sólo conciben la toma del poder a través de elecciones y por "vía pacífica", no tienen ningún interés en que las masas aprendan a combatir a través de la acción. Por ello su tendencia general es el intentar negociar los conflictos por arriba, entendiéndose los burócratas sindicales y parlamentarios oportunistas directamente con los patrones y con las autoridades, sin que las masas se movilicen y luchen por sus problemas. Con dicho método jamás es posible lograr que los trabajadores echen por la borda la legalidad burguesa, ni tampoco el desarrollo de la lucha reivindicativa hacia una lucha armada de masas por el poder.

Está claro, pues, que también en el terreno de la acción reivindicativa el propósito de los revisionistas de eludir un enfrentamiento violento de las masas con las clases dominantes, los lleva a separar este tipo de lucha de su objetivo político superior: la toma del poder; los lleva a sujetarla dentro de los límites tolerables para los explotadores; los conduce a desterrar la iniciativa y combatividad de las masas y los impulsa a engañarlas despertando su fé en la posibilidad de solucionar sus problemas por este camino puramente reivindicativo, todo lo cual termina por decepcionar a los trabajadores, apartándolos incluso de estas formas primarias de acción.

En el terreno del trabajo parlamentario se advierte, también, el vicio capital de los revisionistas, su pacifismo, que los lleva en este terreno a creer en la posibilidad

de perfeccionar el Parlamento y otras instituciones reaccionarias, en lugar de buscar, como plantea el marxismo-leninismo, su destrucción por vía revolucionaria. Así vemos que estos oportunistas idealizan y alaban a cada paso ese antro burgués que es el Parlamento y que parece ser la meta de sus aspiraciones personales. Sus parlamentarios, en lugar de aprovechar las provisorias franquicias que han logrado del régimen burgués, para movilizarse como agitadores y organizadores de la lucha de masas por el poder; en lugar de utilizar esa tribuna para denunciar los crímenes y atropellos de los explotadores y la corrupción del propio Parlamento burgués, se hacen cómplices del engaño y se dedican, fundamentalmente, al intento de remendar leyes cuya aprobación controla una mayoría reaccionaria. Caen así de lleno en el "cretinismo parlamentario" de que hablaba Lenin y, lo que es todavía peor, aprovechan el Parlamento para servir desde él a los reaccionarios, predicando la fé en el reformismo, en el pacifismo y en toda clase de desviaciones oportunistas. Todo ello aconseja que, normalmente, debamos oponernos al acceso de revisionistas al Parlamento, al igual como lo hacemos con cualquiera otra especie de reaccionarios.

Es evidente, como lo hemos mostrado, que el abandono por parte de los revisionistas, del único camino revolucionario posible para tomar el poder: el de la lucha armada de masas, vicia su actividad en todos los aspectos, ya sea en la estructuración del Frente Unico, como en su actividad reivindicativa y parlamentaria.

Pero hay más. El estancamiento general que se advierte en la política chilena, la resignación ante los abusos y todo el espíritu legalista y constitucionalista, que les sirve a los reaccionarios para ocultar su explotación, para hacer creer en el fraude del "orden social", para revestir su dictadura de clase con la máscara respetable de la democracia burguesa, para esconder la despiadada violencia cotidiana que encierra la explotación que ejer-

cen, que cuesta miles y miles de víctimas al pueblo, derivan, también y son posibles, por la ilusión en la "vía pacífica" al poder que han difundido los revisionistas. Todo este ilusorio y falso ambiente de respeto mutuo y conciliación entre explotadores y explotados, que dificulta la formación de una conciencia revolucionaria, es responsabilidad, en su mayor parte, de los revisionistas. Son estos, precisamente, los que al abandonar toda orientación revolucionaria de la lucha de masas para conquistar el poder, han hecho posible que los reaccionarios y el imperialismo, intensifiquen año a año su explotación del pueblo, sin necesidad de recurrir, a falta de esa oposición verdaderamente revolucionaria, a una violencia abierta y, a menudo, sin tener siquiera que salirse de la legalidad burguesa.

Sin embargo, los revisionistas no sólo hacen posible esta situación con su actitud claudicante y conciliadora, sino que, tienen el cinismo de utilizar este ambiente de pacifismo resignado, que ellos mismos han contribuido a crear, como "argumento" para intentar pasar de contrabando su tesis de la "vía pacífica" al poder. Argumentan, en efecto, que la situación de Chile es excepcional, que aquí existe una poderosa tradición de respeto por las leyes y por la democracia, que alcanza incluso a los sectores reaccionarios y que ello hace posible la toma pacífica y legal del poder por el pueblo y el respeto pacífico de los reaccionarios a este hecho. No obstante, esta argumentación no resiste el menor análisis ya que los sectores retrógrados de nuestro país han utilizado la violencia abierta, masacrando al pueblo, cada vez que este ha hecho una protesta más enérgica y han pasado por sobre sus propias leyes y por encima de la Constitución, cuando les ha parecido necesario. Por otra parte, Corvalán, el campeón de los defensores de la "vía pacífica", en una abierta inconsecuencia, en el mismo informe al último Congreso en que la defiende, sostiene que: "los

círculos más frenéticos de EE. UU., intervienen y tienen el propósito de seguir interviniendo no sólo en contra de un movimiento popular que tenga como objetivo el socialismo, sino, ante cualquier movimiento democrático, incluso de tipo burgués, que en alguna medida se proponga favorecer al pueblo". No hemos logrado imaginarnos como ha conciliado Corvalán, por medio de su "marxismo creador", sus continuas amenazas de golpes de estados reaccionarios y, como hemos visto recién, de intervención imperialista, con su famosa "vía pacífica" al poder.

Sólo agregaremos acerca de los argumentos revisionistas, que el intento de estos de explicar las perspectivas de la política chilena, no por los intereses objetivos de clase de los sectores dominantes, sino, poniendo por sobre ellos ciertas supuestas tradiciones, costumbres o hábitos políticos legalistas o de cualquiera especie, no es marxismo-leninismo, sino puro subjetivismo idealista y revisionismo.

En oposición a la conciliación de clases que han contribuido a crear los revisionistas, nuestro Partido, debe contribuir a derrumbar todo el falso respeto que exista entre las masas por el legalismo imperante, que no es, en el fondo, más que respeto por una feroz explotación legalizada; es indispensable romper el equilibrio conciliador que tanto se empeñan los oportunistas de izquierda en mantener; es preciso desterrar el terror a la ilegalidad que difunden los revisionistas y prepararse para ella; es fundamental esclarecer la violencia hipócrita y cotidiana que se oculta tras el "orden" y legalismo reaccionarios y, por lo mismo, el derecho del pueblo a utilizar la violencia para derrocar a sus explotadores.

ANTECEDENTES HISTORICOS DEL REVISIONISMO EN CHILE

Las históricas tareas de forjar y dirigir un auténtico Frente Unico revolucionario; de dar a la lucha reivindicativa su verdadero sentido, desarrollándola hacia una lucha armada de masas; de orientar a las masas para que rompan el podrido estancamiento legalista que hace aparecer la explotación como honorable y legítima, en suma, de conducir al pueblo por una correcta vía revolucionaria, sólo puede cumplirlas en Chile un verdadero Partido Comunista marxista-leninista. El desarrollo de la polémica contra el revisionismo, entre otras virtudes, ha tenido la de mostrar que los fracasos de algunos viejos partidos comunistas, no se deben a un fracaso del comunismo o del marxismo-leninismo como pretenden algunos, sino, precisamente, al abandono que sus dirigentes han hecho de ellos. Ha demostrado, al mismo tiempo, una vez más, que el camino justo está trazado por el Socialismo Científico y por la necesidad ineludible de que las masas sean dirigidas por un partido leninista. Las experiencias de los últimos años en América Latina, estimuladas por los dirigentes cubanos y ahora, también, por el revisionismo internacional, de un guerrillerismo sin partido, que renuncia por un falso "neutralismo" a la defensa de los principios revolucionarios, ha mostrado, así mismo, su completa falencia y su incapacidad de aunar a las masas para la toma del poder. Todo ello reafirma la necesidad de construir en cada país un auténtico Partido Comunista marxista-leninista.

Precisamente, camaradas, para dar nacimiento a un partido de esta especie en Chile y entregarlo al proletariado y a las masas explotadas de nuestro pueblo, como su destacamento de vanguardia en la lucha revolucionaria, nos hemos reunido aquí en este Primer Congreso Marxista-Leninista del Partido Comunista.

La necesidad de crear este Partido Comunista Revolucionario, se nos aparece como una necesidad ineludible, tanto más que, como ya lo expresamos al comienzo, el estudio desapasionado y objetivo de la línea política y de la conducta del que hasta ahora ha llevado en nuestro país el honroso nombre de Partido Comunista, nos ha convencido de que éste jamás, en ninguna de sus épocas, ha sido un partido realmente revolucionario, ni se ha guiado, en aspectos esenciales de su política, por el marxismo-leninismo. Mucho menos, naturalmente, y esto no creemos que necesite ser probado aquí, lo han sido los otros partidos tradicionales de la izquierda chilena.

Nos parece que una breve demostración de lo anterior es de gran importancia, tanto para aquellos que han dado, no sin dolor y problemas de conciencia, el paso decisivo de romper con los revisionistas llegando a nuestras filas, como para esos numerosos militantes honestos que siguen engañados en los partidos revisionistas.

El Partido Comunista de Chile, menciona entre sus fundadores al gran luchador de comienzos de siglo, Luis Emilio Recabarren. No creo que esté en el ánimo de nadie el desconocer a este pionero de las luchas sociales de nuestro país sus aportes. Recabarren, en 1912, antes, incluso de la Revolución Rusa, creó el primer partido de proletarios en Chile, el Partido Obrero Socialista. Realizó, además, una profusa labor editorial que contribuyó a desarrollar el espíritu clasista y que sirvió de fermento y orientación a las primeras batallas de clase en nuestra tierra, despertando, además, el anhelo en las masas explotadas de llegar a un régimen justo, sin explotadores. Este mismo Partido Obrero Socialista, es el que en 1922, a raíz del impacto mundial producido por la Revolución de Octubre y de la influencia de la III Internacional, comienza a llamarse Partido Comunista.

Sin embargo, las experiencias revolucionarios de Rusia y las enseñanzas del marxismo-leninismo, llegan a nuestras costas con mucho mayor lentitud que el impac-

to emocional que determinó la adopción del nombre de comunista. La verdad es que el llamado Partido Comunista hasta más de un decenio después no comienza a comprender el carácter de nuestra revolución y sus etapas, ni la necesidad de que el proletariado para triunfar se rodee de aliados. Se practica el aislamiento de la clase obrera y se trata, después del término de la dictadura del año 30 de Ibáñez, de implantar, imitando a la URSS., los Soviets en Chile. La estructura leninista celular sólo se establece, también, después de esa época, reuniéndose antes el Partido en asambleas como cualquiera organización social-demócrata. Por cierto que no existe, por esos años iniciales, ni un concepto definido del camino que las masas deben seguir para conquistar el poder, ni, tampoco, un Programa revolucionario.

Posteriormente, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, el Partido Comunista, siguiendo la línea estratégica anti-fascista de la III Internacional, crea en Chile el Frente Popular. No obstante, que esta política de amplitud contribuyó a romper el aislamiento anterior del proletariado, enriqueció sus experiencias de trabajo con aliados y tuvo el mérito objetivo de desarrollar en nuestro país la conciencia anti-fascista, acentuó, por otro lado, las ilusiones oportunistas de la posibilidad de conquistar el poder por vía electoral y condujo a la clase obrera, tanto desde el punto de vista de principios como práctico, a la conciliación y al sometimiento frente a la burguesía gobernante. Durante el Gobierno de Pedro Aguirre Cerda, primer fruto del Frente Popular, el Partido Comunista, en aras de no crearle dificultades a dicho gobierno elegido con sus votos, frenó abiertamente una serie de luchas y aceptó el incumplimiento incluso del modesto programa que le sirviera de plataforma electoral, que contemplaba: reforma del Código del Trabajo, sindicalización campesina, disolución de la Sociedad Nacional de Agricultura y depuración administrativa. Es sabido que en el punto tal vez más importante de los

enumerados, la sindicalización campesina, el Partido Comunista, aceptó su postergación a pedido del gobierno.

Luego, comenzada ya la guerra mundial, el Partido Comunista, al igual que casi todos los partidos de América Latina, cayó de lleno en la desviación anti-marxista de Browder, Secretario General, en ese entonces, del Partido Comunista de Estados Unidos. Es sabido que este, una especie de precursor de Jruschov, sostenía que después de la guerra se produciría un entendimiento entre el capitalismo monopolista y el socialismo, que redundaría en un fabuloso mejoramiento de los trabajadores, en la industrialización de las naciones menos desarrolladas con la ayuda de ambos y en una prolongada era de paz, que haría posible una evolución pacífica hacia el socialismo. Es así, como la Unión Nacional anti-fascista creada en Chile, fue entendida como una renuncia casi completa a la lucha de clases y los dirigentes comunistas se dedicaron a difundir toda clase de fábulas y utopías acerca del brillante porvenir que esperaba a los trabajadores y a los países dependientes y coloniales en la post-guerra, sobre la base del entendimiento del imperialismo con el socialismo. Refiriéndose en un artículo de "Principios" la revista teórica del CC., a uno de los tantos mítines de la Unión Nacional, Humberto Abarca, dirigente Nacional del P. C., en ese entonces, elogia a Cruz Coke, político reaccionario, por su amplitud" y "claridad" al platear allí que "la división de derechas e izquierdas es artificial. El planteamiento político de la lucha de clases está mal ubicado. Al capitalismo hay que darle un sentido nuevo, porque Chile necesita capitales". Por su parte Carlos Contreras Labarca, Secretario General del Partido Comunista, no tiene escrúpulos en citar nada menos que al "Wall Street Journal", diario de los banqueros norteamericanos, para tratar de "demostrar" que, "las expectativas que nuestros países cifran en una política de Estados Unidos y de las grandes potencias destinada a desarrollar sus economías, a elevar el nivel de vida y la capacidad consumidora de sus poblacio-

nes..... está basada no en declaraciones y esperanzas, sino en hechos serios”.

El Programa que el Partido propicia por aquellos años, aunque es más completo que aquel que sirviera de plataforma electoral a la candidatura de Pedro Aguirre Cerda, no incluye, sin embargo, con firmeza y claridad los objetivos anti-imperialistas y anti-latifundistas. En su Informe a la XVI Sesión Plenaria del Comité Central, celebrada a mediados de 1945, por ejemplo, Elías Lafertte plantea una “Reforma Agraria dentro de los marcos jurídicos existentes, tratando, agrega, desde luego, de beneficiar en todo lo posible a las masas campesinas y no a los grandes terratenientes”. Para ello propone la expropiación de los grandes latifundios “con una indemnización razonable” y su entrega a los campesinos quienes deberán pagar las tierras recibidas a largo plazo. Como medidas anti-imperialista, dicho esbozo de programa, sólo pide “la revisión de las concesiones hechas a las grandes compañías extranjeras, a fin de garantizar un mayor respeto a la soberanía nacional y a la vida de los nativos”, sosteniendo sin embargo, al mismo tiempo, que “a los capitales extranjeros, debemos atraerlos para que cumplan la función establecida por la política de Buena Vecindad”.

El problema de la toma del poder y el carácter del poder a que se aspira, está totalmente excluido de los planteamientos de esa época y los dirigentes comunistas sólo desean con vehemencia ser incluidos en un gabinete ministerial del gobierno burgués, en conjunto, como lo plantean “con todos los partidos y sectores democráticos, sin exclusiones”. Este “sin exclusiones” comprende, incluso, a pretendidos sectores “progresistas” de los partidos ultra-reaccionarios Liberal y Conservador. La Dirección del Partido Comunista aplica, según su propia expresión, “el máximo de energía” para tratar de convencer a los partidos burgueses que se encontraban en la oposición, incluido el propio partido al que pertenecía el Presidente de la República, para que cooperaran con el gobier-

no y facilitarían la formación del gabinete que les permitiría a los comunistas llegar "al gobierno". "Nuestro Partido, dice el Senador Lafertte, hizo todo lo posible por convencer a los dirigentes del Partido Radical y del Partido Socialista acerca de la necesidad de abandonar su política de oposición al Presidente de la República y de llegar a un entendimiento con él para impulsar una política progresista".

Medio año después de estas declaraciones, a fines de 1945, se realiza el XIII Congreso del Partido Comunista de Chile, en el cual se supone, según las historias oficiales, fueron barridas las influencias browderistas y oportunistas. En este torneo, en realidad, pasada ya la guerra, y derrumbados por los hechos los sueños de Browder, sometido éste a fuertes críticas por otros comunistas, y en circunstancias en que comienzan ya a chocar violentamente la política del imperialismo yanqui con la Unión Soviética, se reconoce aquí que el Partido Comunista de Chile, "ha sufrido influencias extrañas que lo han conducido a desviaciones oportunistas" y que "esa falsa concepción debilitó, transitoriamente, la combatividad del Partido, comprometió la independencia de su política y le impidió realizar su papel dirigente y de vanguardia". Sin embargo, en el mismo Informe en que Contreras Labarca reconoce esas desviaciones, insiste en las reiteradas y públicas súplicas para que se les admita en un gabinete del gobierno burgués. "El Partido Comunista, dice, considera indispensable su participación en ese Gabinete y luchará junto al pueblo por su incorporación al Gobierno".

En lo que respecta al imperialismo, además, no se plantea en el XIII Congreso ya ni siquiera la revisión de las concesiones a las compañías extranjeras que formulara Lafertte y, por el contrario, Contreras Labarca, insiste en que "las puertas de Chile deben estar abiertas para los capitales extranjeros".

En el aspecto internacional sostiene además, que

“la garantía del mantenimiento de la paz y seguridad internacional, así como de la reconstrucción de un mundo de independencia, democracia y bienestar”, sería.... “la unidad de las tres grandes potencias, Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética”.

Sin embargo, a medida que se aleja la Segunda Guerra Mundial, en lugar de llegarse a la conciliación entre capitalismo y socialismo y a la prosperidad de todos sobre esta base con que soñaban los browderistas, emerge en EE. UU. un imperialismo más agresivo y rapaz que nunca y se intensifica brutalmente la explotación de los pueblos coloniales y semi-coloniales. Las Naciones Unidas, en las que ponían y ponen tantas esperanzas los revisionistas, son controladas rápidamente por el imperialismo norteamericano, quien comienza a utilizarlas para su política de agresión colonialista y para preparar una nueva guerra mundial, esta vez, contra el mundo socialista. Truman, a quien en el XIII Congreso se le califica con benevolencia, como “presionado” por los monopolios y no como un genuino representante de ellos, comienza una política acelerada de rearme de Estados Unidos y de represión a los obreros de su país, inicia la instalación de bases militares en todo el mundo y arrebató resueltamente al fascismo para su país el cetro de centro mundial de la reacción.

En tales circunstancias, nuestros dirigentes comunistas, influidos por la Unión Soviética, que sufre la amenaza del monopolio atómico por parte de Estados Unidos, comienzan recién a perder la fe en la abundancia que derramaría en nuestros países el capitalismo monopolista supuestamente aliado con el socialismo. Por otra parte, las masas que sufren la intensificación de su miseria a causa de la actitud colonialista ya sin caretas del imperialismo, se movilizan en defensa de sus intereses. La respuesta de Duhalde, Presidente provisorio a raíz de la muerte de Juan Antonio Ríos, no se hace esperar y en la Plaza Bulnes, a raíz de una manifestación, son masa-

cradas varias personas y heridas más de cien, decretándose luego el Estado de Sitio. La respuesta fue un paro general, el más grande conocido en Chile hasta ese momento. El Gobierno de Duhalde, débil como todo gobierno provisorio, ofrece, para detener el paro, conociendo las debilidades de los dirigentes comunistas, el tan apetecido gabinete de Unión Nacional. Sin embargo, no bien es suspendido el paro, desconoce su acuerdo. Pero la indignación de las masas aún estaba viva y la huelga se reinicia y después de una semana de paro, se logra quebrar la resistencia del gobierno y se obtiene la anulación de diversas medidas reaccionarias tomadas por éste.

A pesar de ese auge de la lucha de masas, los dirigentes del Partido, no ven en su desarrollo y transformación posterior en lucha revolucionaria, el camino hacia el poder y se vuelcan en una nueva campaña electoral en apoyo de González Videla, quien poco después de triunfar habría de desencadenar la represión por instrucciones del imperialismo. Es así como a mediados de 1946 se le proclama en una Convención en la que participa el Partido Comunista suscribiendo un Programa, que si bien plantea "la subdivisión de los grandes latifundios", no establece absolutamente ninguna medida contra el imperialismo yanqui y, por el contrario, insiste en valorizar la política de "Buena Vecindad", "como medio de obtener la cooperación y bienestar de los Estados".

En el gobierno de González Videla los dirigentes comunistas obtienen, por fin, la tan esperada y solicitada participación en el gobierno; recibiendo tres ministerios. Esto se traduce de inmediato en un intenso impulso por parte de aquellos a la conciliación de clases, con el pretexto de que es necesario aumentar la producción y apoyar al gobierno en que "participan los comunistas". La lucha reivindicativa es frenada del modo más escandaloso. A comienzos de 1947, el Secretario General del Partido Comunista, escribe: "Los elementos provocadores están siendo barridos de las organizaciones sindicales. La

clase obrera comprende su responsabilidad como fuerza dirigente y responsable ante el gobierno. Los trabajadores han escuchado con fervor el llamado del Partido Comunista para el aumento de la producción y para resolver sus problemas y obtener la satisfacción de sus necesidades agotando los trámites necesarios, recurriendo sólo como excepción a las huelgas". En el VI Congreso Regional de Santiago se plantea en el Informe Central: "Ante la tarea inmediata de colaborar con el gobierno en la batalla por el aumento de la producción, la CTCH y nuestro Partido han declarado solemnemente que —sin renunciar al sagrado derecho de huelga que tiene el proletariado— recurrirán a ella en última instancia, cuando para defender sus conquistas hayan agotado todos los medios de entendimiento con los patronos o empresas, constituyendo para ello Comités Tripartitos integrados por representantes del patrón, de los obreros y del gobierno". Al mismo tiempo, en el mencionado Informe, se fustiga a los "provocadores" que "desean lanzar irresponsablemente a la clase obrera a huelgas improvisadas y artificiales, dirigadas contra el gobierno popular". Galo González, por su parte, que habría de ocupar años después la Secretaría Política del Partido, sostiene: "El Partido hará todos los esfuerzos que estén a su alcance para que los conflictos del trabajo se solucionen por las vías armónicas entre patronos y obreros".

La conciliación de clases llega hasta tal punto por parte de los dirigentes comunistas, que el "Diario Ilustrado", órgano de los latifundistas, la aprovecha con fines demagógicos para desprestigiar aún más a los comunistas y sale en defensa del "derecho a huelga" amagado por éstos.

El Partido Comunista, sin embargo, aprovechando sus ministerios y la derogación de un decreto que impedía la organización de los trabajadores agrícolas, así como manteniendo en sus documentos cierto espíritu crítico respecto al incumplimiento del programa por parte del

gobierno, logra un triunfo de importancia en las elecciones de regidores celebradas en abril de 1947, obteniendo cerca de 100 mil votos. El "reconocimiento" de este triunfo no se hace esperar por parte del gobierno. Los ministros comunistas son sacados del gobierno, se aprueba una ley de "sindicalización" campesina que hace poco menos que imposible todo tipo de organización sindical en el campo y otra que concede al Ejecutivo facultades extraordinarias. "Nos encontramos ante el hecho paradójal, escribe un dirigente del Partido Comunista comentando las elecciones, de que los comunistas tienen que abandonar el gobierno porque el pueblo los apoya en forma cada día más calurosa".

Desde fuera del gobierno, sin embargo, sin comprender aún su naturaleza reaccionaria, prosiguen los intentos de conciliación con él. "Apoyaremos toda medida del gobierno, dice el mismo artículo recién citado, que tienda al cumplimiento del Programa, combatiremos todo paso contrario a dicho Programa. No practicaremos la oposición por la oposición, desarrollaremos una política constructiva y realista". Como siempre la conquista del poder y la determinación de un camino revolucionario para lograrlo está completamente ausente de los planteamientos de los dirigentes comunistas.

Entre tanto, el imperialismo yanqui, en la Conferencia de Rio de Janeiro primero y en la de Bogotá más tarde, había echado las bases para desatar la represión en América Latina y recuperar el terreno que durante la guerra y aprovechando la política de Unión Nacional, hubieran conquistado los partidos comunistas en el Continente. González Videla declara a la prensa su "inquebrantable propósito de eliminar definitivamente el control que el Partido Comunista ejerce sobre las masas trabajadoras" Posteriormente, confesando su papel de sirviente del imperialismo, declara a un corresponsal del diario inglés "News Chronicle", que la salida de los comunistas del gabinete no se debía a ninguna divergencia con ellos, sino,

a que la tercera guerra mundial contra el comunismo comenzaría dentro de tres meses y él debía iniciar aquí las primeras batallas de esa guerra. Es así, como en octubre de 1947, aprovechando una huelga legal de los mineros del carbón de Lota, los cercó con policías y tropas de toda las ramas de las Fuerzas Armadas; decretó la reanudación obligatoria de faenas; prohibió la entrada de parlamentarios a la zona y censuró la prensa de izquierda; procedió a requisar los alimentos de las casas de los huelguistas; estableció tribunales sumarios a bordo de barcos de guerra; trasladó a miles de familiares de los huelguistas abandonándolos, privados de sus enseres más elementales, en diversos puntos del país; inició una razia nacional de regidores, dirigentes sindicales y políticos y aún simples militantes comunistas, enviándolos a la cárcel, a la relegación o a un campo de concentración especialmente abierto en una zona inhóspita del norte. Al año siguiente obtuvo la aprobación de una ley anti-comunista, absolutamente opuesta a las más elementales normas constitucionales, que privaba a los comunistas de sus derechos políticos y que penaba con la cárcel y otras medidas toda actividad, propaganda o forma de organización de éstos. Esta fue, pues, la respuesta de la burguesía y del imperialismo yanqui, a la confianza de los dirigentes comunistas en la posibilidad de llegar al poder por "vía pacífica" y, de gobernar a remolque de dicha clase.

Más tarde, la influencia de la Unión Soviética, sometida a una actitud cada vez más agresiva del imperialismo norteamericano y la evidente responsabilidad de este último en la represión que se aplicaba en Chile y otras partes, tienen la virtud de hacer más avanzado el Programa del Partido Comunista de Chile. Es así como en el año 1949, se formula el Programa de Salvación Nacional, que contempla ya la expropiación sin indemnización del latifundio; la nacionalización gratuita de los servicios públicos y fuentes de materias primas en manos del imperia-

lismo, así como de las Compañías de Seguros, y bancos particulares y otras medidas tendientes a mejorar el nivel de vida de las masas populares y a democratizar el país. No obstante, si bien ese manifiesto plantea: "derrotar al actual gobierno y reemplazarlo por un gobierno de efectiva representación democrática", no define el carácter de ese nuevo tipo de gobierno y el papel del proletariado en él, ni señala un camino revolucionario para conquistarlo.

Frente a la amarga experiencia de la represión surge, sin embargo, en la Dirección del Partido, una lucha entre dos tendencias: una que termina por ser minoritaria, que sostiene la necesidad de derrocar la dictadura de Gonzalez Videla; y otra, que sólo aspira a reconquistar la legalidad sobre la base de garantizar a las clases dominantes el sometimiento a ellas y de propiciar en los hechos la conciliación de clases existentes antes de la represión. El sector derechista de la Dirección, aprovechando la dispersión de sus oponentes, comienza a incorporar a la Dirección, inclusive a la Comisión Política, a varios oportunistas, hoy dirigentes máximos del Partido, que se encontraban en condiciones anexas a ellas, constituyendo una mayoría conciliadora y revisionista. Los opositores, en franca minoría, al no poder ganar a la Dirección y al Partido para su línea, comenzaron a desarrollar a partir de la Comisión Nacional de Organización una labor fraccional, apoyándose además en un activo existente en el Partido, cayendo en el putchismo al no lograr arrastrar a las masas de éste ni menos al pueblo, a su política. En el año 1950 esta fracción fue expulsada del Partido Comunista.

Las consecuencias del afianzamiento absoluto de la fracción derechista de Dirección en ellas, comenzó a expresarse abiertamente a mediados de ese mismo año. Esta, aprovechando planteamientos internacionales surgidos ya en esa época, en orden a poner la "lucha por la paz" como norte de toda actividad política, elabora un

documento conciliador conocido como el "Plan de Emergencia", que implica un notorio retroceso en comparación con el Plan de Salvación Nacional ya mencionado. La consigna de la nacionalización de las empresas imperialistas es reemplazada, por "protección en términos convenientes al país de la producción nacional, en contra de la competencia imperialista. Suspensión del pago de la deuda externa mientras dure la crisis. Obligatoriedad para las compañías de tener su administración en Chile" y otras medidas de esta especie. La Reforma Agraria, queda reducida a "obligatoriedad del cultivo de las tierras inexploradas. Ayuda... a todos los agricultores, chicos o grandes, interesados en el aumento de la producción. Requisamiento por el período de la crisis de las tierras incultivadas, cuyos dueños se niegan a hacerlas producir, etc".

Esta manifiesta claudicación programática, la justifica Galo González, Secretario General del Partido, en aras de la amplia unidad que es preciso forjar, pues, "toda la actividad del Partido y todas las luchas populares deben fundirse, encadenarse, realizarse, sobre la base de la lucha por la paz".

Sobre la base de esta renuncia a objetivos revolucionarios básicos del Programa y a todo esfuerzo serio de lucha contra el gobierno, los dirigentes comunistas obtienen la posibilidad de participar en las elecciones de 1952, sin conseguir, sin embargo, que se elimine la ley anti-comunista y la borrratina de sus militantes practicada en los registros electorales. Tan sólo en vísperas de la elección misma, cuando las clases dominantes practican el máximo la demagogia y posan de "democráticos", los dirigentes comunistas plantearon nuevamente en forma, por lo demás, tímida y confusa, las consignas de Reforma Agraria y nacionalización de las empresas imperialistas, en un documento pre-electoral. Su formulación del tipo de gobierno que buscaban al participar en dicha elección, sin embargo, es, como hasta el día de hoy, vaga y equi-

vocada, ocultando que sólo puede ser un gobierno de democracia-popular, es decir, una forma de dictadura del proletariado. En vísperas de la elección, por ejemplo, hablan: "del gobierno de Unión Democrática", que "asegurará el paso del movimiento popular a una etapa superior y a la transformación de ese gobierno en uno más avanzado", o sea, lo conciben, simplemente, como un gobierno de transición a otro aún más indefinido.

En el Informe Central a la Novena Conferencia, que dice ser la línea para toda una etapa histórica, realizada un mes antes de la elección de 1952, se habla de "un gobierno democrático de liberación nacional que con el concurso activo del pueblo y especialmente de la clase obrera sabrá hacer realidad dichas transformaciones". No se trata, pues, de un gobierno dirigido por el proletariado, de una forma de dictadura de esa clase, sino que, tan sólo de uno que cuenta con el "concurso" de la clase obrera.

Celebradas las elecciones y habiendo triunfado Ibáñez, a quien se ha calificado de caudillo pro-yanqui, la Comisión Política del P. C., se adelanta a ofrecerle la colaboración del Partido, con el mismo espíritu reformista y oportunista de siempre, incluso, del que ahora se practica con Frei. "El Partido Comunista, expresa la Comisión Política, está dispuesto a contribuir decididamente a que el gobierno del señor Ibáñez pueda realizar una obra de beneficio para el país. Por lo tanto apoyará toda medida práctica que adopte en favor del pueblo y de la nación". Y agregan, olvidando que el deber central de un partido revolucionario es conquistar el poder: "Nuestra actitud inspirada sólo en el propósito de servir al pueblo, será de colaboración patriótica a la solución de los problemas y de oposición patriótica y constructiva a los actos gubernamentales inconvenientes a los intereses de las masas populares y de Chile". Incluso a un año ya del gobierno reaccionario de Ibáñez, se hace profesión del criterio conciliador con que se actúa en forma pública, afir-

mando: "Nuestra norma invariable es tratar que los conflictos del trabajo se solucionen armónicamente, utilizando todos los recursos. Y sólo somos partidarios de recurrir a la huelga, que es un derecho reconocido por el Código del Trabajo, cuando fallen tales procedimientos". Esta fue, en efecto, la política seguida fielmente por la Dirección del P. C., incluso, ante los grandes paros de 1954 y 55, respecto a los cuales se aceptó para detenerlos las gestiones de políticos burgueses, que realizaron a nombre del gobierno, promesas que, por cierto, jamás se cumplieron.

EL XX CONGRESO DE PCUS

Posteriormente, la inveterada y crónica actitud legalista, reformista, pacifista y conciliadora, de la Dirección del Partido Comunista de Chile, recibió su espaldarazo y aprobación oficial en el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS, celebrado en 1956. Como es sabido, en este torneo, se inicia el planteamiento franco y descarnado de la línea revisionista. Es así, como la ausencia de todo camino revolucionario para conquistar el poder, que es una actitud permanente de la Dirección del P. C., en todas sus épocas, se transforma ahora en un principio político oficial, confesado y defendido públicamente, apoyándose en las tesis del renegado Jhruschov, primero, y de sus sucesores ahora. A raíz de los planteamientos del XX Congreso se sistematiza, así mismo, la idea que ya fuera acogida aquí en 1950, también por obra del seguidismo internacional, de subordinar la lucha revolucionaria y emancipadora al pacifismo y a los intereses de la coexistencia y emulación económica pacíficas entre el socialismo y capitalismo, así como la extensión de dicha coexistencia como línea internacional para las relaciones de todas las naciones.

Como un testimonio irrefutable de ese seguidismo que hemos mencionado, está el hecho de que los dirigentes comunistas citan al llamado X Congreso, a toda prisa y sin discusión previa, después de tener durante once años al Partido sin congreso, apenas dos meses después del XX Congreso del PCUS. Es decir, no bien regresaron los delegados enviados al XX Congreso trayendo a Chile la línea revisionista.

En el llamado X Congreso, por cierto, se “descubre” la tesis de la “vía pacífica” al poder y se coloca como tarea fundamental de nuestra época, no la revolución y liberación nacional de los pueblos, sino, la lucha pacifista y la defensa de la coexistencia y emulación económica pacíficas entre ambos sistemas, extendiéndose, al tiempo, dicha coexistencia a las relaciones entre los países oprimidos y sus opresores. En la revista “Principios N° 35, del año 1956, por ejemplo, se sostiene refiriéndose a la “vía pacífica” “Esta cuestión ha sido planteada desde la alta tribuna del XX Congreso del PCUS”. Y luego, tratando con falsedades absurdas de ocultar el seguidismo: “Pero, en verdad, ya había sido planteada por la vida. En numerosos países se habían producido cambios revolucionarios por nuevos caminos, que no son precisamente el de la insurrección. (?) En Chile mismo se había demostrado la posibilidad de utilizar la vía parlamentaria para el ascenso al poder de las fuerzas populares. (??) Pero esta cuestión no estaba suficientemente esclarecida para nosotros. Al aclararnos ahora y al verse que dicha posibilidad existe también en Chile, en la medida en que se deshaga la obra anti-democrática de González Videla y se democratice el país, no hay duda que también se abren nuevas y promisorias perspectivas para unir a vastos sectores en pos de la transformación democrática de nuestra sociedad, sin esperar o provocar una conjuntura favorable a la insurrección”. Por su parte, Volodia Teitelboim, uno de los campeones del revisionismo en la Dirección del P. C., se encarga de relacionar la vía pacífica

con los intentos de los revisionistas soviéticos de extender la coexistencia pacífica, también, a las relaciones entre los pueblos oprimidos y sus opresores. “Este Congreso dice, debe dejar muy claro para nuestro Partido, que si queremos recuperar nuestra legalidad, contribuir al triunfo del movimiento obrero y popular, y a que todo el pueblo unido ponga en práctica el programa, necesitamos como un elemento fundamental que el clima de convivencia pacífica que empieza a extenderse por el mundo... llegue también a Chile y lo saque del campo de la guerra para reintegrarlo a una política de paz y de amistad con todas las naciones”. Y en otro lugar de esa intervención al X Congreso: “esta coexistencia pacífica general se debe aplicar también a eliminar la guerra en cualquier parte, y también en suelo latinoamericano”. En suma, conciliación interna con los explotadores a través de la “vía pacífica” y conciliación en el orden internacional con el imperialismo que nos explota y que está dispuesto a defender a sangre y fuego sus intereses aquí, a través de la “coexistencia pacífica”.

Esta política claudicante en el orden interno e internacional ofrecida gentilmente y en forma pública a los reaccionarios y al imperialismo yanqui con el aval, además, de los revisionistas internacionales, se transforma en la bandera esgrimida por los dirigentes del P. C., para obtener su legalidad. Muy pronto sale a luz pública un manifiesto en que se relacionan ambas cosas y en el que de hecho se plantea que no tiene sentido tenerlos fuera de la ley puesto que han prometido públicamente renunciar a la revolución. “El Partido Comunista de Chile, dice el manifiesto, se dirige a la opinión pública (léase a los reaccionarios) señalando la inaplazable necesidad de restablecer los derechos que la Constitución consagra a todos los ciudadanos, de reconocer el derecho de nuestro partido a participar legalmente en la vida política nacional”. Para conseguir este permiso de legalidad se van deshaciendo punto por punto todas las presun-

ciones de los reaccionarios de que el P. C., pueda ser un partido revolucionario. Respecto a la violencia, por ejemplo, se promete “no recurrir a ella y, por el contrario, el deseo de utilizar una vía pacífica”. En el terreno internacional se garantiza que “el clima de guerra fría, dentro del cual nació esa ley, ha desaparecido, para ceder paso a una política gradual de entendimientos internacionales”.

Estas desplorables súplicas de los revisionistas chilenos a la burguesía para obtener la legalidad, se van haciendo más angustiosas y claudicantes a medida que se aproxima la elección presidencial de 1958. Luis Corvalán, Secretario General del Partido, lanza públicamente desde la 24ª Sesión Plenaria del C. C. realizada en 1957, su famosa imploración a los reaccionarios, que constituye un verdadero modelo sintético de planteamientos anti-marxistas. “Queremos y reclamamos nuestra libertad. Y declaramos solemnemente que, otra vez libres para actuar en la vida política, no constituiremos una amenaza para ningún interés respetable. Somos partidarios de que todo se resuelva democráticamente, de acuerdo a la voluntad de la mayoría del país dentro del libre juego de todos los partidos y corrientes. No aspiramos hoy a la sustitución de la propiedad privada de los capitalistas chilenos por la propiedad colectiva. Y cuando mañana sea preciso avanzar en este terreno, pensamos que ello debe hacerse también con el acuerdo de la mayoría de los chilenos, por la vía pacífica y garantizando el bienestar y los derechos de los capitalistas, esto es, indemnizándolos debidamente”.

Este párrafo de antalogía para la historia del oportunismo en Chile, implora la legalidad a los reaccionarios prometiéndoles, prácticamente, la renuncia a todo procedimiento revolucionario: a la violencia, a la dictadura del proletariado, a la expropiación de los capitalistas, etc., embellece la explotación hablando de intereses “respetados”.

bles" en general, de "democracia" también en general, para terminar dejándolo todo entregado a la "vía pacífica" y a aquellos que, según Lenin, "sólo los bribones o los tontos pueden creer", es decir, que se "debe primero conquistar la mayoría. . . ., bajo el yugo de la burguesía, bajo el yugo de la esclavitud asalariada y sólo después conquistar el poder". Naturalmente, después de esta confesión por parte de Corvalán de sus propósitos políticos, los reaccionarios no tuvieron el menor inconveniente en devolver la legalidad a los revisionistas. La verdad es que un Partido orientado de ese modo no sólo no implica ningún peligro para los explotadores, sino que, por el contrario, les presta un inapreciable servicio, puesto que entretiene a las masas en un juego político legalista y electoralista que nunca les permitirá llegar al poder; contribuye a frenar la lucha de masas para que ella no desemboque en la violencia a la cual se ha renunciado de antemano; incluso, sirve, dentro de la legalidad, sin mayor riesgo por su carácter inofensivo, para prestigiar la democracia burguesa. En cualquier caso los reaccionarios no arriesgan nada, pues, ellos no han renunciado a la violencia y se encuentran preparados para utilizarla en cualquier momento en que, por ejemplo, sea necesario frenar un avance electoral del revisionismo que juzguen peligroso. Al indigno procedimiento que utilizaron los revisionistas chilenos para obtener la legalidad, les calza como anillo al dedo, el comentario irónico hecho por Engels de una conducta similar del Partido Social-Demócrata Alemán: "Pruebe, pues, el partido por su humilde y arrepentida actitud, que ha dejado de lado de una vez por todas, las "incorrecciones y excesos", que provocaron la Ley Anti-Socialista. Si promete voluntariamente que sólo se propone actuar dentro de los límites de la Ley Anti-Socialista, Bismarck y la burguesía tendrán seguramente la amabilidad de derogar esa Ley, que entonces será innecesaria". Esto vale plenamente para el caso que hemos analizado, con el agravante de que acá ni siquiera hubo las

“incorrecciones y excesos” en el pasado, que justificaran la ley anti-comunista.

Creemos que los antecedentes históricos entregados son suficientes para corroborar nuestro planteamiento de que el viejo Partido Comunista de Chile, no ha sido nunca un partido revolucionario, ni se ha guiado de un modo integral en aspectos fundamentales de su línea política y de su conducta práctica por el marxismo-leninismo. Muchos han sido inducidos a engaño respecto a la naturaleza oportunista que sus dirigentes le han impreso siempre a la línea del Partido Comunista de Chile, porque, en el último tiempo, su Programa incluye algunas medidas revolucionarias como el rescate de nuestras riquezas de manos del imperialismo o la Reforma Agraria. Sin embargo, estos planteamientos justos están viciados y esterilizados porque no se plantea allí, ni el camino revolucionario para llegar al poder, ni se define de un modo revolucionario el tipo de poder que se piensa conquistar. Por consiguiente, si se ha planteado una estrategia y una táctica que hacen imposible llegar al poder y si, por otra parte, ese poder que hipotéticamente debiera aplicar el Programa no es revolucionario, ello invalida cualquier otro planteamiento, por justo que sea, contenido en el Programa. Las consignas justas del Programa se transforman, así, en frases huecas e inofensivas, que, por lo demás, hasta los reaccionarios repiten en ciertas ocasiones con fines demagógicos o electoralistas. En el último Programa conocido del P. C. el de 1962, por ejemplo, se habla de un gobierno “basado en la clase obrera en alianza con los campesinos y las diversas capas populares urbanas”, lo que alude, simplemente, a las fuerzas que participarán en él y, a lo sumo, apurando mucho la interpretación a un cierto predominio de la clase obrera, que no garantiza su dirección y dictadura. Por lo demás, aunque se planteara dicha dictadura, no se ganaría con ello mucho ¡ se pretende avanzar hacia la conquista del

poder, que la hará por medio de la "vía pacífica", lo que significa postergarla indefinidamente.

Nos parece que de todo lo expuesto se desprende la necesidad imperiosa de crear en Chile un verdadero Partido Comunista revolucionario, aunque este último adjetivo suene un poco a redundancia después de haber dicho comunista. Pero, se da el caso de que los revisionistas seguirán, por un buen tiempo, usurpando ante las masas el nombre de comunista y mientras estas no aprendan a diferenciar por sus planteamientos y sus acciones a ambos partidos, seguirán existiendo dos partidos que se llaman comunistas, aunque a uno, al nuestro, le corresponda el nombre y al otro nó.

Queremos dejar en claro, al mismo tiempo, que el anterior análisis de la historia política del que hasta ahora ha llevado el nombre de Partido Comunista, no significa desconocer los méritos que este ha tenido, lamentablemente, sólo en aspectos secundarios. Es innegable, que dicho partido, pese a no ser revolucionario, alguna participación y destacada a veces, ha tenido en el desarrollo de la lucha reivindicativa de nuestro pueblo, no obstante haberla orientado en un sentido equivocado; es verdad que contribuyó a divulgar entre sus militantes y entre las masas los escritos marxistas y algunas experiencias de la revolución mundial, los mismos que han servido para enjuiciarlo más tarde; que ha hecho importantes contribuciones a la difusión de las realizaciones del mundo socialista y a su defensa frente a fuerzas reaccionarias; que ha contribuído a que la clase obrera rompiera su anterior aislamiento y realizara, aunque de un modo profundamente equivocado, una política de aliados; que ha ayudado, aunque sea dentro de planteamientos vagos o francamente erróneos, a que se comprenda la necesidad de efectuar la revolución por etapas y a distinguir a los enemigos fundamentales; que ha alcanzado, en el último tiempo, formulaciones programáticas justas; que ha desarrollado entre sus militantes, en medio de numerosas de-

formaciones revisionistas y burocráticas, cierto sentido de disciplina partidaria y, por último, que ha cargado en ciertas circunstancias con el prestigio revolucionario de nombre de "comunista", sufriendo por ello castigos y represiones.

Es en razón, precisamente, de estos méritos que no pueden desconocerse, aunque no son suficientes para darle la categoría de partido revolucionario, que se explica el hecho de que el principal contingente de cuadros que se han incorporado a nuestro partido provengan del Partido Comunista de Chile. Es en este sentido positivo que ha tenido dicho partido, pese a sus fundamentales limitaciones y graves desviaciones, que nos sentimos herederos de las mejores tradiciones que tiene su historia en el pasado, así como de los mejores cuadros. No somos, sin embargo, de ninguna manera continuadores de dicho partido en su mismo nivel, pues, el nacimiento de este Partido Comunista Revolucionario, representa un salto cualitativo en la historia de nuestro país, representa, por primera vez, la fusión integral del marxismo-leninismo con la práctica política. Por ello hemos calificado a este Congreso, como el Primer Congreso Marxista Leninista de los comunistas chilenos. Del mismo modo, la aceptación pública del revisionismo a partir del XX Congreso del PCUS., significó, también, un cambio cualitativo de orden negativo en el viejo Partido Comunista de Chile. Antes, en efecto, sus faltas fundamentales, su carencia de una línea integralmente revolucionaria, eran consecuencia de la inmadurez política, de la aplicación errónea de una línea justa. En cambio, a partir del XX Congreso del PCUS., es aceptada pública y conscientemente el abandono del marxismo-leninismo y los dirigentes hacen suya oficialmente la línea anti-comunista del revisionismo contemporáneo.

La necesidad que hemos debido enfrentar de construir un nuevo y auténtico Partido Comunista, no deriva pues de nuestros deseos, sino, de circunstancias objeti-

vas que hacen imposible la transformación del viejo Partido Comunista en revolucionario. Entre ellas está el control que, con el apoyo de la camarilla internacional revisionista e incluso de los reaccionarios chilenos que le otorgan toda clase de facilidades legales, ha asumido del viejo partido una fracción oportunista de Dirección, que ha hecho pública profesión de fé revisionista y que es absolutamente reacia a reconocer sus delitos políticos. Esta fracción se parapeta detrás de un ejército de funcionarios obsecuentes y serviles, así como de un cierto contingente relativamente nuevo de militantes, que se han incorporado al Partido Comunista revisionista, no en aras de posiciones revolucionarias, sino, precisamente de su carácter reformista, pacifista y oportunista, los que, al parecer se encuentran allí muy bien ubicados.

Otro de los motivos básicos que impiden una transformación del viejo partido Comunista y exigen la creación de uno nuevo, es la corrupción en que se encuentra comprometida la mencionada fracción dirigente y que constituye, como forma material de existencia, la base social de su revisionismo. Nos referimos al usufructo de la vida parlamentaria que les otorga la burguesía y a la que tienen acceso, salvo contadas excepciones, sólo los miembros del Comité Central; a su existencia como funcionarios políticos o sindicales, marginados por muchos años del trabajo y aún del contacto con las masas; al acostumbramiento a gozar de la legalidad burguesa y a sacrificarlo todo con tal de no perderla; al manejo de numerosas empresas de tipo capitalista que ha desarrollado el Partido revisionista, así como de las finanzas que reúne la militancia; a la práctica habitual y frecuente del turismo internacional; a la presencia en el Partido y aún en cargos de responsabilidad de hombres adinerados; al papel de comisionistas que varios juegan en el comercio internacional con el revisionismo, etc., etc.

Estos y muchos otros factores que nos obligarían ya a entrar en su vida personal, nos permiten afirmar, que

los dirigentes revisionistas del viejo P. C., no son hombres equivocados de buena fé, sino, en la mayor parte de los casos, oportunistas plenamente conscientes de la traición que están cometiendo a los intereses del proletariado. Una prueba adicional de esto es el que hayan utilizado contra los militantes honestos y revolucionarios del Partido, que combatían su línea oportunista, cualquiera clase de procedimientos torcidos: halagos y ofertas de viases, presiones económicas, expulsiones, calumnias, delaciones, etc., rehuyendo sistemáticamente toda discusión honrada de las discrepancias contra su línea. Naturalmente resulta imposible suponer que revolucionarios honrados y convencidos de que están en la verdad, empleen este tipo de procedimientos.

Puesto que la lucha puramente interna contra renegados conscientes del marxismo, que tienen toda una máquina nacional e internacional, para poner al Partido que manejan al servicio de la burguesía, es inútil y estéril, resolvimos romper con ellos y reagrupar fuera del viejo Partido Comunista a los verdaderos comunistas. Las masas de nuestro pueblo se encargarán en el futuro de demostrar quiénes son los auténticos comunistas y cuáles los impostores al servicio de los reaccionarios.

LUCHA CONTRA EL OPORTUNISMO

Esta tarea de conquistar a las masas para una posición revolucionaria debe ser la misión fundamental de nuestra organización de ahora en adelante. A la lucha principalmente ideológica contra el revisionismo, que hemos desarrollado desde nuestro nacimiento y que nos ha permitido agrupar a numerosos y valiosos cuadros revolucionarios, debe sumarse ahora una acción y dirección revolucionaria de masas, que nos permita ganarlas para nuestra política orientada por el marxismo-leninismo.

Ya hemos construido, con valiosos militantes y cuadros medios arrobados a la dirección revisionista y conquistados de las masas, una organización de tipo nacional, que debe, por cierto, crecer y consolidarse estableciendo sólidos vínculos con las masas. Esto no significa que debemos dar por cancelado el proceso de rescate de cuadros revolucionarios, engañados o retenidos por el revisionismo y que merezcan incorporarse a un partido revolucionario. Pensamos que aún existen valiosas reservas de ellos, tanto en el viejo Partido Comunista, como en el Socialista. Sin embargo, a estas alturas, no puede ser ya nuestra preocupación central el proselitismo dentro del revisionismo. Los principales militantes revolucionarios y el contingente más numeroso de ellos se encuentra entre las masas y de allí debemos conquistarlos a través de la acción y de la difusión de nuestros planteamientos.

Sin embargo, una cosa es el no concentrarse para el reclutamiento de nuevos cuadros en forma exclusiva o principal siquiera en los partidos revisionista, como debimos hacerlo con razón en una primera etapa, y otras muy distinta el problema del desarrollo de la lucha contra el revisionismo entre las masas. Nuestra firme y consecuente lucha contra el revisionismo, no obedece, como han pensado algunos, al propósito sólo de conquistar militantes a los partidos revisionistas. Por el contrario, es parte integral e inseparable de nuestra política de masas, el desterrar de ellas la influencia revisionista, tanto desarrollando contra esta desviación una fuerte lucha ideológica, como, principalmente, ahora, distinguiéndonos de los oportunistas a través de la acción y de una dirección revolucionaria de la lucha de masas. "Una de las condiciones precisas para que el proletariado pueda prepararse para su victoria, escribe Lenin, es la lucha prolongada, tenaz e implacable contra el oportunismo, contra el reformismo, contra el socialchovinismo y demás influencias y corrientes burguesas, inevitables, por cuanto el proletariado actúa en un ambiente capitalista. Si no se li-

bra esa lucha, agrega, si no se consigue previamente una victoria total sobre el oportunismo en el movimiento obrero, no cabe ni hablar siquiera de dictadura del proletariado”.

Nuestro combate fundamental es, por cierto, en esta etapa, la lucha contra el imperialismo yanqui y los otros enemigos básicos y más poderosos de nuestro pueblo. Sin embargo, para derrotar a dichos adversarios necesitamos construir un movimiento revolucionario de masas y a ello se opone, como obstáculo más directo e inmediato, la labor conciliadora y contra-revolucionaria del revisionismo en el seno de las masas populares. Por lo mismo, la lucha contra el revisionismo, no es algo ocasional y no corresponde exclusivamente a propósitos proselitistas, sino que, es parte integral de la movilización misma de las masas contra el imperialismo y el resto de los reaccionarios. Nos oponemos, por lo tanto, una vez más, al contrabando político que algunos líderes quieren imponer en el Continente, aprovechando su prestigio revolucionario para salvar al revisionismo, al darle patente de “revolucionaria” a una pretendida posición neutralista frente al revisionismo, actitud que, como hemos visto, terminó transformándose en ellos mismos en una colaboración e identidad cada vez mayor con los oportunistas.

Para determinar con exactitud el alcance de nuestro combate contra el revisionismo es bueno que se esclarezca aquí el verdadero carácter que éste tiene, pues, algunos todavía piensan y actúan como si se tratara de una contradicción en el seno del pueblo, de una simple tendencia discutible dentro del movimiento revolucionario y esto los hace ser débiles y conciliadores con el revisionismo y soñar con un posible acuerdo de los revolucionarios con ellos. Lenin establece claramente, sin dejar lugar a dudas, que los revisionistas “son extraños al proletariado como clase, que son servidores, agentes y portadores de la influencia de la burguesía”. Y agrega que “si no se desembaraza de ellos, el movimiento obrero segui-

rá siendo un movimiento obrero burgués. La prédica de ustedes, concluye, de la "unidad" con los oportunistas es...., objetivamente, la defensa de la esclavización de los obreros por la burguesía imperialista a través de sus mejores agentes en el movimiento obrero". "La única línea marxista, plantea en otra parte, en el movimiento obrero mundial consiste en explicar a las masas que la escisión con el oportunismo es inevitable e imprescindible, en educarlas para la revolución en una lucha despiadada contra él". Está claro, pues, que no caben contemplaciones con los oportunistas, ni es posible aceptar se les otorgue patenté de tendencia revolucionaria. Son, simplemente, agentes de la burguesía extremadamente peligrosos, precisamente, porque se disfrazan de revolucionarios y utilizan una fraseología marxista para apartar a las masas de él. Lo anterior sin embargo, no significa que en nuestra lucha contra el revisionismo, como enemigos del pueblo, como agentes de la burguesía en el movimiento popular, no debamos distinguir entre los dirigentes corrompidos y plenamente conscientes de su papel reaccionario y las bases de sus partidos donde existen militantes honestos, engañados por sus dirigentes.

Creemos que la anterior calificación de los revisionistas hechas por el propio Lenin, será suficiente para deterrar los escrúpulos de algunos camaradas que han sostenido a veces la necesidad de apoyar a ciertos connotados revisionistas en las elecciones, pretextando que de otro modo ese cargo caería en manos de un reaccionario. Contra esto insistiremos con la opinión del gran revolucionario ruso: "La práctica, dice, ha mostrado que estas gentes activas en el movimiento obrero que adhieren al oportunismo son mejores defensores de la burguesía que la propia burguesía. Sin su dirección de los obreros, la burguesía no podría permanecer en el poder". Nuestro Partido, por lo mismo, si quiere ser consecuente, debe terminar con el apoyo a candidatos revisionistas, salvo que, poderosas razones, ajenas por cierto a la elección misma.

del candidato oportunista, aconsejen excepcionalmente hacerlo, no pudiendo conseguirse ello por otro camino que la participación en dicha elección. El pretexto de que participando en una elección nos vinculamos a las masas, sólo demostraría nuestra impotencia para realizarlo de otro modo. Por otra parte, no tiene mayor valor el vincularse a las masas, simplemente, por vincularse, apelando para ello, incluso, a métodos ilícitos. Este tipo de vinculación, lejos de ayudar a la revolución, desorienta a las masas acerca de nuestra real posición y por más planteamientos revolucionarios que hagamos ante ellas, no podrán a la postre entender nuestro apoyo a un candidato que una vez elegido actuará con una línea totalmente opuesta a la nuestra. Nada nos impide, por otra parte, aprovechar con audacia la agitación electoral para llegar directamente hasta las masas, sin apoyar a ningún oportunista.

EL GOBIERNO DEMOCRATA-CRISTIANO

La lucha por construir un verdadero partido revolucionario y por vincularlo a las masas para dirigir las de un modo acertado a la conquista del poder, deberemos desarrollarla en los próximos años en circunstancias en que Chile es gobernado por la Democracia-Cristiana. Es indispensable, por lo tanto, para conocer el terreno en que libraremos nuestras batallas inmediatas, que hagamos un análisis de la naturaleza de este gobierno.

Los primero que es necesario establecer con claridad frente a la Democracia-Cristiana, tanto para refutar su propia demagogia, como las ilusiones que en ella se hacen los revisionistas, es que su llegada al gobierno no significa en absoluto, en ningún aspecto fundamental, un desplazamiento del imperialismo yanqui, de los grandes latifundistas y de la burguesía monopolista y financiera,

en su dominio del poder y de los principales medios de producción de nuestro país. La Democracia-Cristiana, por lo tanto, representa en el gobierno a estos enemigos fundamentales de nuestro pueblo, a pesar de las contradicciones secundarias que pudiera tener con algunos de ellos, al aplicar cierta política reformista y demagógica. No obstante, como fuerza política específica, la Democracia-Cristiana, parece corresponder de un modo más directo a ciertos sectores, que en nuestro Proyecto de Programa, hemos calificado como burguesía capitalista desarrollada no-monopolista. Ya hemos dado en el análisis del Frente Único algunos rasgos generales de este sector, como capa intermedia entre los enemigos más poderosos del pueblo y las capas medias de la burguesía urbana y rural. Al parecer, esta burguesía desarrollada no-monopolista, núcleo dirigente de la Democracia-Cristiana, logró, en la pasada contienda presidencial, agrupar en torno a su candidato a vastos sectores de la burguesía media, pequenaburguesía e, incluso, a un número considerable de trabajadores, contando, además, con el apoyo del imperialismo norteamericano y del resto de las fuerzas más reaccionarias nacionales. De este modo obtuvo un fácil triunfo sobre el candidato del revisionismo.

Es preciso tener claro, también, que la unidad en torno a la Democracia-Cristiana para ganar la elección, representó una maniobra dilatoria del imperialismo y de los reaccionarios chilenos destinada a postergar el uso de la violencia abierta para frenar las pretensiones electorales del revisionismo. Está claro, que al imperialismo y a las clases dominantes chilenas, les conviene, si ello es posible, prolongar al máximo la apariencia democrática de nuestro país y el legalismo burgués, así como las ilusiones electoralistas en nuestro pueblo. Es sabido que los revisionistas, por su parte, no exigen otro precio que la mantención de esa legalidad para ejercer a cambio su influencia apaciguadora y conciliadora entre las masas. La necesidad de usar, como ya se ha hecho en la mayor par-

te de América Latina, de la violencia desatada para detener las aspiraciones del pueblo de llegar al poder, educa a este profundamente respecto al verdadero carácter sanguinario y anti-democrático de sus enemigos y hace muy difícil el juego de los revisionistas en favor de la burguesía. Por ello si es posible postergar con engaños esta solución de fuerza, el imperialismo y los reaccionarios prefieren hacerlo.

El ascenso de la Democracia-Cristiana al gobierno representa, además, un ensayo demagógico y reformista propiciado por el propio imperialismo norteamericano, bajo el nombre de "Alianza para el Progreso". Uno de los mayores peligros que el imperialismo yanqui corre, frente al creciente desarrollo de la lucha revolucionaria en Asia, África y América Latina, intensificado ahora por el desenmascaramiento del revisionismo, es la dispersión de sus fuerzas militares, con el objeto de reprimir a los pueblos en diversas partes del mundo. Por ello le conviene, allí donde pueda defender los intereses de sus inversiones y acreditar sus utilidades, frenando, al mismo tiempo, el movimiento revolucionario, sin recurrir a la agresión directa, el intentar hacerlo. La labor traidora de los revisionistas, encargados de engañar a las masas y de apaciguarlas predicando el reformismo y el pacifismo, juega un papel vital en estas maniobras dilatorias del imperialismo. No es extraño, por lo mismo, que el imperialismo haya elegido a Chile, donde estos agentes de la burguesía tienen bastante influencia, como terreno propicio para esta experiencia.

La nueva táctica contra-revolucionaria del imperialismo consiste, en esencia, en abrir paso a ciertas reformas destinadas a resolver algunos problemas secundarios de las masas de fácil solución, mientras se desarrolla una intensa propaganda presentando dichos cambios como una verdadera revolución. Para financiar dichas reformas no se toca, por cierto, los intereses del imperialismo, sino que, se rebaja el nivel de vida de los sectores medios:

que son menos peligrosos desde el punto de vista revolucionario y se restringe, en cierto grado, las utilidades y bienes del latifundio y de la burguesía monopolista y financiera. Las nuevas capas burguesas gobernantes, en cambio, son estimuladas a desarrollarse asociadas con el imperialismo y se intenta promover, como freno para la revolución, mediante una discreta reforma agraria, la creación de una capa de pequeños propietarios agrícolas fuertemente controlados desde un punto de vista político. Si el ambiente creado por estas reformas es favorable el imperialismo se arriesga, además, a realizar algunas inversiones nuevas y préstamos.

Promoviendo esta política, reformista en pequeña medida y demagógica en gran escala, el imperialismo yanqui obtiene enormes ventajas. En primer lugar, posterga la necesidad de intervenir en Chile en forma violenta, dejando sus manos libres para su agresión en Vietnam y otros puntos en que los revisionistas no tienen influencia; promueve reformas, no a costa de sus intereses, sino, de otros sectores; aprovecha el ambiente de conciliación creado por el reformismo y demagogia del gobierno en complicidad con los revisionistas, para obtener, sin riesgos muy grandes, rebajas de impuestos y otras granjerías para sus empresas; se asocia con nuevas fuerzas sociales, intensificando su penetración en ramas de la economía en que ella era todavía débil y evita, por último, el desprestigio internacional que le significa mantener su explotación de un país por medio de la violencia desatada y de la intervención armada.

Si se analiza la política del gobierno de Frei a través de los proyectos de ley enviados al Parlamento, se verá que su gestión corresponde, precisamente, a la que hemos descrito. La empresa del cobre han sido favorecidas con rebajas de impuestos y otras innumerables concesiones y privilegios. Por el otro lado, el proyecto de Reforma Agraria, el impuesto patrimonial, la promoción popular y otras medidas, corresponden al compromiso del gobier-

no de restringir en cierto grado los bienes y utilidades de los latifundistas y de la alta burguesía, incluso, de los sectores medios, con el objeto de practicar algunas reformas que sirvan de fundamento a la propaganda del gobierno y de los revisionistas, tendiente a frenar a los sectores potencialmente más revolucionarios. Es sintomático, al mismo tiempo, que los únicos que están plenamente satisfechos con el gobierno sean ciertos sectores capitalistas avanzados no-monopolistas, algunos de los cuales han recibido, incluso, facilidades para transformarse en burguesía exportadora.

Esta política reformista y demagógica de la Democracia-Cristiana provoca, por cierto, una fuerte reacción de los afectados, particularmente, de los más reaccionarios. Estos están acostumbrados a gobiernos absolutamente dedicados, hasta en los detalles, a servir sus intereses y no aceptan el verse obligados a sacrificar en lo más mínimo el ritmo creciente de sus utilidades. La propaganda de terror al comunismo con que se les convenció que apoyaran a Frei, y con la que ahora se les quiere convencer para que apoyen las reformas, no parece ser suficiente para consolarlos de la merma en sus ganancias. Más aún en la actualidad en que no ven ningún peligro inmediato de que los revisionistas, derrotados recién en las elecciones, lleguen al poder. Por lo demás, los sectores reaccionarios de Chile, que no enfrentan los problemas internacionales del imperialismo, sino, muy indirectamente, no comprenden por qué aquí se deba recurrir a esta solución reformista que los perjudica y no, simplemente, a la fuerza y a la represión como en otras partes.

Todo lo anterior explica la "oposición" de los sectores ultra-reaccionarios al gobierno; sus intentos de convencer al imperialismo de los peligros de esta experiencia, para que los acompañe en un golpe de estado, así como, el activo sabotaje que realizan en varios terrenos económicos para provocar el colapso del gobierno y la obstrucción.

que hacen respecto a los proyectos que les resultan desfavorables.

Entretanto, la política reformista del gobierno, a pesar del apoyo a ella de los revisionistas, se hunde cada vez más en el fracaso. La debilidad de los sectores gobernantes, por su misma extracción de clase, los hace ser vacilantes y timoratos aún como reformistas. Es así, como han intentado sacar adelante sus reformas dialogando y convenciendo a los ultra-reaccionarios y a través de medidas legalistas y parlamentarias, mientras la mayor parte de sus planes se encuentran paralizados y sus proyectos de ley empantanados por la derecha en el Parlamento. Mientras tanto los sabotajes reaccionarios, la intensificación del saqueo imperialista y de su explotación de nuestro pueblo, las deudas contraídas antes o ahora con los norteamericanos, la fuga de capitales al extranjero, las alzas con que todos los sectores burgueses intentan por anticipado defenderse de las restricciones que les significa la política reformista, siguen funcionando y pesando sobre la economía nacional e intensificando la crisis. . . . Es así, como este gobierno, que pensaba marchar por vía legal y pacífica el sistema de explotación imperante para salvar su inestabilidad, marcha hacia el más estrepitoso fracaso, demostrando de paso, una vez más, que no existe un camino reformista para resolver los problemas nacionales mientras se mantenga el actual régimen.

Las consecuencias directas de la crisis y del fracaso de la política reformista pro-yanqui y demagógica, recaen, como de costumbre, sobre las grandes masas trabajadoras, a través, entre otras cosas, de una desenfrenada ola de alzas, que el pueblo debe absorber con sus sueldos y salarios "congelados" en los marcos de miserables reajustes que quiere imponer el gobierno.

Por á; Este brusco empeoramiento del nivel de vida de las masas, inclusive de los sectores medios de la población, está desencadenando, a pesar de la obstrucción de

los revisionistas, numerosas luchas reivindicativas y el rápido desprestigio del gobierno ante muchos, que contribuyeron incluso a elegirlo. A consecuencia de lo anterior el gobierno ha debido recurrir, mostrando su naturaleza reaccionaria, que había intentado ocultar, a la represión contra los trabajadores. Esto lo movió a movilizar el ejército contra los mineros del cemento y del cobre, a emplear perros contra los familiares de los huelguistas en la zona norte, a balear a los campesinos en el fundo "Los Cristales" y en otros lugares del campo y a reprimir en forma brutal a los estudiantes que protestaron contra la primera alza de movilización. No hace mucho se ha iniciado juicio contra los dirigentes de la CUT y se ha incluido en el proyecto de reajuste un artículo profundamente reaccionario que, prácticamente, suprime el derecho a huelga y obliga a los trabajadores al arbitraje forzoso, en que participarán patrones y gobierno contra ellos y a la reanudación obligatoria de faenas. La culminación de esta política represiva ha sido el asesinato premeditado y alevoso de ocho obreros en las minas del norte por parte del gobierno, luego de haber herido a decenas de ellos, para servir los intereses de los monopolios yanquis que saquean nuestro cobre. Estas actitudes represivas contribuyen, por cierto, a desmoronar aceleradamente el prestigio del gobierno y a deshacer la farsa de su carácter "revolucionario", con el que lograron engañar a muchos, incluso, a sectores populares y medios.

Aparte de sus tremendos problemas internos, la experiencia reformista y demagógica de la Democracia-Cristiana, se contradice cada vez más intensamente con el curso que está tomando la política del imperialismo yanqui. Este, a causa de las sonadas derrotas que está sufriendo en Vietnam y otros lugares y al creciente retroceso de sus aliados revisionistas, se orienta a afianzar de un modo aún más sólido, por medio de gobiernos francamente dictatoriales donde aún no los haya, su "pa-

tio trasero” que es América Latina. Frente al desarrollo revolucionario mundial y al retroceso revisionista, ya no les sirve el tipo de experiencias reformistas y demagógicas inspiradas en la “Alianza para el Progreso”. Es preciso no olvidar, entre otras cosas, que Kennedy, uno de los ideólogos de esta política, fue asesinado. Esto se debe a que la demagogia reformista, como quiera que sea, al ilusionar a las masas con su propaganda para luego darles sólo migajas del festín de los reaccionarios; al no resolver los problemas básicos puede, en especial si existen fuerzas auténticamente revolucionarias para desenmascararla, transformarse muy rápido en lo contrario del apaciguamiento que a través de ella se pretendía conseguir. Cuenta, por lo demás, con la oposición tenaz de los ultra-reaccionarios afectados en parte por ella. Es, por estas y otras razones, una política peligrosa para el imperialismo, pues, no le garantiza la seguridad que necesita en cada país del Continente latinoamericano, vecino a su territorio y de gran importancia estratégica y económica para él.

Por otra parte, la Democracia-Cristiana, en aras de la demagogia que realizó para atraer sectores medios y aún populares a apoyar su postulación y si quiere mantener ese apoyo, está imposibilitada para respaldar abiertamente la política agresiva del imperialismo en América Latina y en el resto del mundo. La exigencia, por ejemplo, del imperialismo yanqui, de ser apoyado por el gobierno chileno en su agresión a Santo Domingo o Vietnam; en sus propósitos de crear una fuerza represiva contra los pueblos de Latinoamérica; en las amenazas públicas de su Cámara de Representantes de intervenir militarmente en cualquiera nación del Continente que se aparte de la política tolerada por el Departamento de Estado o en su apoyo a sangrientas dictaduras, le significa al partido de gobierno una acelerada pérdida del apoyo que obtuvo en sectores medios y populares, ante quienes se presentó como “revolucionario”.

Todo lo anterior determina que el gobierno y su partido se debatan en una contradicción insoluble: si apoya al imperialismo yanqui en sus tropelías como éste exige, pierde el apoyo de las masas que contribuyeron a elegir a Frei y deja de ser una carta electoral útil para aquel; si no le apoya, para conservar demagógicamente a sus electores, contribuye de hecho al desprestigio del imperialismo y estimula con el ejemplo a otros países, entrando en contradicción con éste. A causa de la imposibilidad de resolver esta antinomia, agudizada por la creciente inclinación al fascismo del gobierno yanqui, la política internacional de la democracia-cristiana ha sido vacilante, confusa y contradictoria. Ha fluctuado entre una aparente independencia y un real servilismo al imperialismo norteamericano. Así, por ejemplo, mientras los diputados demócrata-cristianos aprobaron por unanimidad recomendar el reconocimiento del gobierno constitucionalista de Caamaño en Santo Domingo, el Presidente, presionado por Harriman, debió rechazar dicho reconocimiento; en tanto que ofrecieron primero ciertas modificaciones a los Convenios del Cobre para obtener los votos radicales, debieron luego romper, por imposición de los monopolios yanquis del cobre este compromiso solemne y público que habían tomado. Una alteración similar debieron sufrir, ante la presión norteamericana, sus propósitos primitivos de no concurrir a la Conferencia de Jefes Militares realizada en Lima y a la Conferencia de Cancilleres. Esta inconsecuencia de la política del gobierno ha terminado por producir fuertes pugnas entre sus propios personeros, como se ha visto en el último tiempo por parte de los parlamentarios que concurrieron a Cuba.

El fracaso hasta el momento de los planes reformistas, la intensificación de la crisis interna debido a las causas ya señaladas y la obligación de acondicionarse cada vez más abiertamente, a los intereses del imperia-

lismo yanqui, están produciendo una descapitalización rápida del gobierno y de su partido. Esto, sin embargo, tiene su límite, ya que, la Democracia-Cristiana tuvo valor para el imperialismo precisamente en función de su capacidad de engañar a un sector mayoritario del electorado que le dio el triunfo. Si pierde el apoyo de dicho electorado deja automáticamente de ser una solución útil para el imperialismo yanqui, que le permita postergar el uso de la violencia sobre la base de un engaño reformista. En tal caso, o forzarán al partido de gobierno a realizar una política tradicional, con la consiguiente represión destinada a sustituir al engaño empleado para impedir la protesta popular, o bien, recurrirá a sus antiguos y firmes aliados: los latifundistas y la burguesía más retrógrada.

Para los revisionistas, en cambio, es vital salvar la experiencia demócrata-cristiana y con ella el ambiente legalista y pacifista dentro del cual tiene sentido su actividad destinada a engañar a las masas en torno a una posible conquista electoral del poder. Por otra parte, bien miradas las cosas, no existe casi ninguna diferencia sustancial entre la revolución "por vía pacífica" de los revisionista y la "revolución en libertad" de los demócrata-cristianos. Ya hemos visto que el planteamiento de algunos puntos programáticos más avanzados, nada significa cuando no existe un concepto revolucionario del gobierno que habrá de aplicarlos, ni de los métodos para llegar a él y cuando históricamente se ha hecho abandono de dichos puntos programáticos cada vez que así ha convenido a intereses oportunistas. En lo que respecta al procedimiento para llegar al poder y para gobernar, la similitud entre los revisionistas reformistas y los demócrata-cristianos, también, reformistas; entre la "revolución en libertad" y la "Vía pacífica"; entre el concepto populista de gobierno de la Democracia-Cristiana y el que poseen los revisionistas, que no contempla la

dictadura del proletariado, no hay casi diferencias apreciab.es. De hecho, los revisionistas están interesados en que se realicen algunos cambios a través de este gobierno, para utilizarlos como argumentos en defensa de sus concepciones oportunistas de que es posible realizar la revolución por "vía pacífica" y legal y aprovechando las instituciones y la "democracia" de la burguesía. Los revisionistas no ignoran, por otra parte, que el fracaso de esta experiencia lleva a un enfrentamiento violento del pueblo con los reaccionarios y el imperialismo y a la pérdida consiguiente de la legalidad de que gozan ahora y a la cual aprecian por sobre todas las cosas.

No sería extraño, en consonancia con lo que hemos señalado, que se gestara un entendimiento entre la Democracia-Cristiana y el revisionismo, con el objeto de llevar un candidato común para 1970. Si el imperialismo desea postergar todavía los gobiernos abiertamente dictatoriales en Chile, es esta una de las pocas cartas que le quedan para obtener una nueva victoria electoral. Es preciso tener como antecedentes de lo que planteamos los denodados esfuerzos que los revisionistas del P. C., realizaron hasta los últimos días de la pasada campaña presidencial para lograr un acuerdo de esta especie con la Democracia-Cristiana, así como consultas en la base del partido para sondear como sería recibido un pacto de esta especie. La gestión directa de Corvalán para que Frei siendo candidato fuera invitado a la URSS, es parte de la maniobra que gestionaban, ya en ese entonces, los revisionistas. Más aún, nos atreveríamos a decir, que de no haber surgido meses antes de la elección, la polémica internacional contra el revisionismo y la oposición interna contra éste, también, en el seno de los partidos de izquierda, es bien probable, que los dirigentes "comunistas", hubieran tenido éxito, ya en la anterior campaña electoral, para concretar dicho entendimiento.

REFORMISMO O REVOLUCION

La política de los revisionistas frente a la Democracia-Cristiana y a su gobierno, al igual que su actitud, como lo hemos visto, frente a todos los otros problemas, está determinada por su política de renuncia a conquistar el poder por la vía de la lucha armada revolucionaria de masas. El falso camino "pacífico y legal" al poder, obliga a los revisionistas, luego de ser derrotados en una elección, como lo fueron el 64, a reconocer el derecho a gobernar de los reaccionarios de turno, ya que, aceptaron competir con ellos en ese terreno y puesto que, repudian la vía revolucionaria. Sus pacifismo y legalismo, pues, legitima y consagra el derecho de los explotadores a ejercer el poder y a perpetuarse en él por ese camino. Por lo mismo, el problema de la toma del poder deja de tener vigencia para los revisionistas, hasta que se abra una nueva e ilusoria perspectiva electoral. Esto reduce, a quienes así piensan y actúan, a tolerar que los reaccionarios posean el poder y ejerzan su dictadura sobre las masas explotadas, realizando, a lo sumo, una oposición al estilo de los partidos burgueses. Sólo les está permitido, dentro de las reglas del juego que han aceptado, apoyar las medidas que consideren positivas y combatir, de un modo conciliador para no salirse de la "vía pacífica", aquellas con las que estén en desacuerdo. Los planteamientos propiamente revolucionarios, puesto que para ser aplicados requieren un cambio también revolucionario de las fuerzas que detentan el poder, quedan reducidos a simples fórmulas para un futuro indefinido, aptas sólo para ser agitadas como programa pre-electoral, cada seis años, cuando dicha "oportunidad" se presenta. La conducta normal del revisionismo, por lo tanto, mientras gobierna cualesquiera fuerza reaccionaria, debe reducirse a propiciar algunas reformas a tono con el gobierno, a apoyar otras que surjan de éste y, hasta donde

lo permita una actividad casi puramente legalista, a oponerse a las medidas que se estimen negativas. No es extraño, en vista de lo anterior, que los sucesivos gobiernos reaccionarios, con la principal iniciativa en sus manos y sin que nadie les dispute el poder, hayan tenido pleno éxito en rebajar el nivel de vida de las masas, así como en entregar más franquicias cada vez al imperialismo y al resto de los explotadores, sin necesidad siquiera de salirse ostensiblemente de la legalidad burguesa. Para ello les ha sido suficiente cuidar que la indignación de las masas explotadas no rebalse la política apaciguadora de sus dirigentes oportunistas, pasando por sobre ella, o bien, reprimir en forma violenta a estas mismas masas cuando no se han dejado frenar por aquellos.

Un claro exponente de una política oportunista y reformista como la que hemos descrito representa, de punta a cabo, el Informe del Secretario General del llamado Partido Comunista, a su XIII Congreso de funcionarios. En dicho Informe, compromete el apoyo de su Partido al reformismo demócrata-cristiano, olvidando que Lenin dijo: "El proletariado lucha y seguirá luchando por aniquilar el viejo poder. Y hacia ese objetivo tenderá toda su labor de propaganda, de organización y de movilización de masas". Intenta Corvalán, incluso, ocultar y disculpar su terror a emprender el aniquilamiento del viejo poder, detrás de un torpe seguidismo respecto a los sectores más atrasados de las masas y calumniando a quienes desean hacer la revolución. "La gente quiere, dice, que se haga hoy todo lo que se puede hacer ahora. No quiere que se deje para mañana lo que se puede hacer hoy". De este modo, al igual que a Kautski en opinión de Lenin, "Todos los subterfugios, los sofismas, las viles fasificaciones, le hacen falta para rehuir la revolución violenta, para ocultar que reniega de ella, que se pasa el lado de la política obrera liberal, al lado de la burguesía".

La inconsecuencia del apoyo al reformismo democrata-cristiano, apoyo que ha llevado a los dirigentes revisionistas incluso a la traición de votar un proyecto de ley que aumenta la dotación de fuerzas represivas, se desprende del propio Informe de Corvalán. Este acepta allí que las reformas del gobierno actual se realizan “sembrando el colaboracionismo de clases, propagando la ideología burguesa” y “con el respaldo de la Iglesia y, en muchos casos, la ayuda de una infinidad de organismos financiados por la Embajada Norteamericana”. De esta manera al apoyar dicho reformismo confiesa, al mismo tiempo, su complicidad y la de los suyos, con el colaboracionismo de clases, con la ideología burguesa, con el papel reaccionario que está jugando la Iglesia y con la propia Embajada Norteamericana, la que, por alguna razón, sin duda, promueve y financia el reformismo democrata-cristiano.

Entre los “subterfugios, sofismas y viles falsificaciones”, que emplea Corvalán, para defender su política de marchar a remolque del reformismo democrata-cristiano, está la de justificarlo afirmando que existe en el gobierno, un sector reaccionario “al que hay que aislar y reducir” y un supuesto grupo que quiere “echarle para adelante” al cual hay que apoyar. Sin embargo, para un partido revolucionario, cuyo objetivo central es derrocar a los explotadores del poder, este distingo no justifica en absoluto el que se tolere pasivamente el control de aquellos del aparato del estado y, menos aún, que se le apunte sembrando ilusiones en torno a sus reformas y a pretendidos sectores progresistas. También el renegado Kautski, según Lenin, hablaba “de un gobierno dispuesto a hacer concesiones al proletariado” y basaba su política oportunista en lograr “un desplazamiento de la relación de fuerzas dentro del Poder del Estado”. Frente a esto, en cambio, Lenin, planteó: “nosotros iremos a la ruptura con tales oportunistas y todo el proletariado consciente estará con nosotros, en la lucha, no por el despla-

zamiento en la relación de fuerzas, sino por el derrocamiento de la burguesía, por la destrucción del parlamentarismo burgués". Si se observa, la tesis sostenida por Corvalán, para justificar su esperanza en el gobierno demócrata-cristiano y conciliar con él, es la misma que han esgrimido el traidor de Jruschov primero y sus seguidores ahora, para tratar de justificar su creciente colaboración con el imperialismo yanqui. Han afirmado, en efecto, que existe en este un sector "sensato" y "pacifista", con el que se puede llegar a compromisos y otro belicista al que haya que aislar. Sin embargo lo esencial para un revolucionario, tanto en lo que respecta al gobierno yanqui, como al chileno actual, es determinar qué fuerzas representan básicamente esos gobiernos en el poder. Respecto a Chile ya lo hemos dicho: se trata de un ensayo promovido por el imperialismo norteamericano, con el claro propósito de servir a sus intereses y respecto a los latifundistas y burguesía monopolista, también los representa, pues, si bien por servir al imperialismo tiene algunas contradicciones con ellos, jamás ha pensado el gobierno de Frei en eliminarlos como explotadores. El forjar ilusiones en las masas, por lo tanto, como hacen los revisionistas, de que los manejos de algunos presuntos sectores "progresistas" del gobierno pueden alterar el papel fundamental de clase que él representa, al margen de una revolución que aplaste la resistencia de los reaccionarios, no es más que un fraude oportunista.

El rechazo a la colaboración con el reformismo por parte nuestra, no significa renunciar al aprovechamiento, para los intereses generales de la lucha revolucionaria, de las reformas que haga el gobierno. De lo que se trata es de no abandonar el propósito de "aniquilar" el viejo poder y las acciones tendientes a ello, para plegarse a su política reformista ilusionando a las masas con ella. Las reformas para los revolucionarios, en el concepto de Lenin, deben ser y son subproductos de la lucha revolucionaria por el poder, logros derivados exclusivamente de

la destrucción parcial de éste y por ello expresa: "Si no logra aniquilar totalmente el viejo poder, el proletariado, sabrá aprovechar también su destrucción parcial. Lo que no hará nunca, agrega, será propiciar esa destrucción parcial, embellecerla, llamar al pueblo a apoyarla". Es decir, precisamente, lo que hacen Corvalán y su equipo.

Nosotros, por nuestra parte, nos proponemos tener una política independiente y revolucionaria frente al ensayo reformista pro-yanqui del actual gobierno. Lo que interesa, fundamentalmente, es movilizar a las masas para combatir la creciente crisis y explotación que ninguna reforma puede detener. Nuestra política, por consiguiente, en la medida en que tengamos influencia de masas, debe consistir en esforzarnos para que la lucha general contra la explotación y el saqueo imperialista, se amplie y se extienda rebalsando los puntos limitados y circunscritos donde el gobierno pretende concentrar sus reformas. De esta manera, la política reformista del gobierno, quedará reducida a algo así como tratar de apagar un incendio con un vaso de agua. Si, por el contrario, como hacen los oportunistas, la acción se limita a acelerar las reformas allí donde el gobierno quiere darlas y en las condiciones en que éste quiere darlas, la iniciativa permanecerá en sus manos y se acentuarán las ilusiones en su política reformista.

Respecto de las reformas mismas, donde sea posible, deben aprovecharse las promesas hechas por el gobierno, fatalmente insuficientes, no sólo para combatir presionando por su cumplimiento, sino, lo que es más importante, para que las masas se lancen al combate conquistando lo que necesitan antes que les sea otorgado y pasando por encima de las trabas legales y de los organismos y tramitaciones burocráticas. De estas luchas las masas deben resultar plenas de confianza, no en el gobierno, sino en sus propias fuerzas y en su combatividad y el Partido nuestro debe preocuparse particularmente

del desarrollo de esta conciencia, vinculándola progresivamente con el objeto final: la toma del poder.

En relación con aquellos sectores de masas que resulten beneficiados con algunas reformas, es necesario, desarrollar una cuidadosa y paciente labor ideológica, mostrando las verdaderas razones por las que ellas son otorgadas y organizando, lo antes posible, la lucha por exigir nuevas reivindicaciones y para conquistarlas de hecho. Este combate es aún más fácil por cierto en aquellos sectores de masas, los más sin duda, discriminados de las reformas y que no recibirán beneficios otorgados a otros sectores similares. En ellos, incluso, el ejemplo de aquellos que han resultado beneficiados puede servirnos para promover una movilización y para tomarse al margen de las trabas legales y del gobierno dichos beneficios, así como otros nuevos a los que aspiran las masas.

El gobierno, dentro de su política demagógica, pretende presentarse como enemigo de los explotadores y como independiente frente al imperialismo. Para desenmascarar esta falsedad es necesario agudizar de hecho los conflictos entre el gobierno y estas fuerzas, no haciéndose ilusiones como los revisionistas en la posibilidad de volcar al gobierno contra ellos por presiones desde arriba, sino, por el contrario, obligándolo, a través de una firme lucha de clases contra los reaccionarios nacionales y foráneos, a desenmascararse tomando partido en su favor. Será suficiente dicha lucha enérgica y que sobrepase las limitaciones legalistas para que el gobierno, que por demás ya lo está haciendo, rompa su aparente "imparcialidad" mostrando su carácter de fiel servidor de los explotadores.

Demás está decir que por ningún motivo nuestro Partido se prestará para colaborar con el gobierno en la aplicación de sus planes reformistas, ni menos para servirle de portavoz y embellecerlo como hacen los revisionistas. Esto último, sólo puede conducir a servir de cómplice al engaño tramado por el imperialismo, sembran-

do el apaciguamiento y el conformismo a las masas e impidiendo que comprendan que su deber primordial es combatir por el poder.

A pesar de las dificultades tremendas de orden interno e internacional que el gobierno tiene para llevar adelante sus planes reformistas, es posible, que logre algunos éxitos en ellos apoyado por el imperialismo y el revisionismo, antes de la próxima contienda presidencial, que le permitan mantenerse y mantener su política reformista. Si así sucede y recupera parte del prestigio perdido ante sus electores, será más probable que se concrete algún entendimiento de los revisionistas con la Democracia-Cristiana para llevar un candidato común a la presidencia. Es posible, también, que esta maniobra se teja sobre la base del desprendimiento del gobierno de una pretendida fracción "izquierdista" que entre en alianza con los revisionistas. De hecho ya vemos que ha aparecido en el gobierno un sector que posa de "revolucionario" y que, incluso, es sancionado por el sector oficial. Esta maniobra de los partidos burgueses es vieja, ya y no debe sorprendernos. Muchas veces se ha visto esta premeditada división de funciones dentro de los partidos reaccionarios, entre un ala que carga con el desprestigio desarrollando la política reaccionaria desde el gobierno y otra que simula estar descontenta, (existiendo, por supuesto, casos de militantes que efectivamente lo están), y pasa a la oposición. Debemos tener claro, en todo caso, que esa futura candidatura demócrata-cristiana revisionista, si se gesta, sólo tiene por misión postergar el camino revolucionario de nuestro pueblo.

Respecto de las posibilidades futuras de la Democracia-Cristiana y de su gobierno, debemos considerar, también, como altamente probable si sigue el fracaso actual de sus planes, que el gobierno sea derribado y sustituido por otro, militar o civil, francamente reaccionario que instale una dictadura abierta contra nuestro pueblo. La

otra posibilidad es que el gobierno de motu propio abandone su política reformista y demagógica, para realizar un gobierno al estilo tradicional, es decir, renunciando siquiera a restringir las utilidades de las capas más retrógradas del país. Esta segunda posibilidad puede concretarse o complementarse con una represión legalista o abierta.

Las normas de conducta que hemos mencionado respecto al gobierno demócrata-cristiano, son solamente normas generales. En este Congreso debemos planificar nuestra acción en forma mucho más concreta y esta es una de las tareas que deberán abordar sus diversas comisiones. Estos planes concretos deben basarse en forma realista en lo que somos en la actualidad y pensar en las etapas inmediatas de desarrollo y de acción que tenemos por delante.

CONSTRUCCION DEL PARTIDO

Una de las tareas primordiales e inmediatas que enfrentamos en esta etapa es la construcción, consolidación, educación y desarrollo de nuestro Partido Comunista Revolucionario. Este trabajo de consolidación de nuestro Partido es sin embargo, inseparable de la ampliación de nuestra influencia entre las masas y de la conducción de sus luchas con un criterio revolucionario. A pesar de que el tratamiento concreto de estos dos problemas es motivo de informes específicos, quisiera referirme a ellos desde un punto de vista político general, así como el problema de las luchas reivindicativa y armada.

Hemos señalado en este informe que la generalidad de los vicios y errores del revisionismo, derivan de su renuncia a preparar una lucha armada revolucionaria de masas como camino para la toma del poder. En sentido

contrario, nuestra política revolucionaria se distingue en todos sus aspectos de la de los revisionistas, precisamente, porque marchamos hacia esa lucha armada de masas por el poder. El Partido que nos proponemos construir, por lo tanto, no es un partido destinado a fomentar la conciliación de clases o a desarrollarse vegetando dentro de la legalidad burguesa. Necesitamos, por el contrario, un partido leninista con una fuerte disciplina clandestina y enraizado en aquellos lugares donde sacaremos las fuerzas más consecuentes para el desarrollo de la lucha armada de masas y donde mayores daños podemos causar al enemigo. La orientación misma del reclutamiento deben hacerla desde ya nuestros regionales, teniendo en vista hacia donde conducimos la lucha. Igual cosa vale respecto a la selección y formación de nuestros militantes. Necesitamos cuadros entregados a la revolución y capaces de sacrificar, no sólo sus intereses personales, sino, incluso, llegado el momento, su propia vida por la revolución; necesitamos cuadros valientes, firmes, hábiles en el combate y en rehuir la represión, sin falsos exhibicionismos ni espíritu aventurero e irresponsable, disciplinados y con clara conciencia de cómo guiar a las masas, sin alejarse de ellas y sin caer en el seguidismo, hacia la lucha revolucionaria. Las recomendaciones acerca de la selección de los cuadros, no deben interpretarse en un sentido sectario, pretendiendo que todas estas virtudes se desarrollen al margen del Partido antes de reclutar a un militante, porque ello es poco menos que imposible. Tampoco deben interpretarse como un llamado a la pasividad en lo que respecta al crecimiento del Partido, es decir, a esperar con los brazos cruzados que los revolucionarios vengan poco menos que a implorarnos su ingreso. La manera más segura de reclutar es que el Partido busque y seleccione a sus futuros militantes en la lucha misma y trabaje activamente por formarlos, dentro y fuera del Partido. Es cierto que nosotros, a dife-

rencia de los revisionistas, ponemos la calidad por sobre la cantidad respecto a los militantes, pero, esto no significa que la cantidad no sea importante. Sin una cierta cantidad de militantes y dirigentes, proporcional a las amplias masas populares que aspiramos a dirigir, por muy calificados que sean nuestros cuadros, serán insuficientes para conducir al pueblo y desterrar de él la influencia del revisionismo. En este trabajo de conquistar y formar nuevos cuadros deben comenzar a jugar un papel importante nuestros dirigentes sindicales y de masas. No es posible que camaradas que son queridos y respetados por las masas, no sean capaces de conquistar a los mejores de su frente específico para incorporarlos al Partido. Lo contrario, es síntoma de una peligrosa desviación oportunista, ya que significa que esos compañeros son respetados, exclusivamente, como conductores de una lucha reivindicativa separada de toda lucha política, lo que es inaceptable desde nuestro punto de vista. Otra cosa es que por su seguridad realicen este reclutamiento dentro de las normas de trabajo clandestino.

Un aspecto fundamental para que nuestro Partido pueda enfrentar las difíciles luchas que se avecinan, es su sólida unidad ideológica y los vínculos fraternales que existan entre sus miembros. Quienes han tenido la responsabilidad de dirigir esta organización hasta su primer Congreso, han sido celosos en mantener esa unidad ideológica, negándose a permitir, tan sólo por la desesperación de crecer a cualquier precio, fusiones precipitadas con grupos poseedores de una línea variable y confusa o, en algunos casos, francamente opuesta a la nuestra. Sabemos que el crecimiento hecho sobre la base de renunciar a los principios admitiendo en el Partido tendencias antagónicas, es efímero, ya que, esas contradicciones terminan por paralizar a dichas organizaciones destruyéndolas muy pronto. Un caso muy diferente es el de Unión Rebelde Comunista de la zona norte, organización que

nació en la misma época que nosotros, por las mismas razones y del mismo partido, lo que indica que sólo por razones geográficas exclusivamente y de falta de conexión oportunas nacimos separados. A estos camaradas, con los que hemos tenido magníficas relaciones, los invitamos calurosamente, a partir de este Congreso en que participan con plenos derechos, a integrarnos juntos al Partido Comunista Revolucionario.

La unidad del Partido, sin embargo, no se construye exclusivamente sobre la base de una ideología común, aunque ello sea lo más importante. Es necesario, además, desarrollar entre nosotros vínculos de fraternidad revolucionaria, así como la designación en distintos niveles de directivas que merezcan la plena confianza de los militantes. Esta confianza que debe existir entre las bases y la Dirección del Partido es fundamental, porque en condiciones de extrema ilegalidad, el ejercicio amplio de la democracia interna, del control de los dirigentes e, incluso, los contactos con ellos se hacen muy difíciles. Suele desarrollarse, entonces, un espíritu malsano y la tendencia a atribuir, con muy poco espíritu auto-crítico, todas las fallas a los dirigentes; el mal hábito de formular críticas fuera de los organismos regulares; el mal uso de cualquier hecho para estimular sospechas respecto de su integridad revolucionaria; el malestar frente a las atribuciones centralistas de la Dirección, pretendiendo anularlas por medio de un falso democratismo, absolutamente inaplicable en condiciones de ilegalidad. Es preciso, en este aspecto, cuidarse de no trasladar a nuestro Partido actitudes que muchos adquirimos en el partido revisionista, a causa de las arbitrariedades de los dirigentes oportunistas de aquel y que allí se justificaban. Debemos recordar siempre que nos encontramos en un nuevo partido, en un partido auténticamente revolucionario.

Todo lo dicho anteriormente, sin embargo, no debe interpretarse, en modo alguno, como un llamado a abandonar el espíritu crítico, empleado de buena fé y con fra-

ternidad y firmeza, con el propósito de mejorar el trabajo.

Ojalá que la unidad de nuestro Partido no se base nunca, fundamentalmente, en reglamentos, en prohibiciones o castigos, sino, en la disciplina conciente, en la unidad ideológica y en la fraternidad que exista entre los miembros de la organización, como hasta ahora ha ocurrido en nuestras filas.

EL TRABAJO DE MASAS

Junto con destacar algunos rasgos generales políticos de nuestro Partido, es importante que consignemos aquí, desde este mismo punto de vista, algunas características de nuestro trabajo de masas. Toda nuestra actividad, ya lo hemos dicho insistentemente, tiene el sello distintivo determinado por la meta que nos proponemos: desarrollar una lucha armada de masas por el poder. Nunca nos cansaremos de repetir esto porque, precisamente, la esencia del oportunismo, consiste en olvidar la meta final subordinándolo todo a la política del momento. Si nuestra perspectiva es esa lucha revolucionaria de masas, nuestras tareas del momento, aunque no consistan por ahora en ella, deben estar orientadas por ese propósito central.

No es posible, sin embargo, llevar directamente y de inmediato a las masas a una lucha armada por el poder, particularmente en Chile donde la política legalista y apaciguadora de los revisionistas ha tenido una influencia considerable. El primer paso consiste en que nuestro Partido tome en sus manos la dirección de la lucha reivindicativa, para desarrollarla e intensificarla, rompiendo las trabas y límites legalistas y economistas que le han impuesto los revisionistas. Es en este combate de las masas por sus problemas inmediatos donde está el germen de la lucha armada de masas, siempre, que exista

un Partido revolucionario que contribuya a profundizarla y a transformarla en una lucha política por el poder. Si nadie se preocupa de su desarrollo y transformación en lucha revolucionaria, quedará allí donde está, en una acción puramente economista, o bien, dará margen a estallidos desesperados, semejantes al 2 de Abril de 1957 en Chile, sin dirección alguna, que sólo conducen a que las masas sean masacradas.

Una de las preocupaciones fundamentales del Partido respecto a la lucha reivindicativa será el sacarla, por medio de la combatividad y de la solidaridad con ella de otros sectores, de su carácter de enfrentamiento aislado de un grupo de trabajadores con un patrón determinado, para transformarla en un problema político general, en lucha de clases, obligando, incluso al gobierno a salir en defensa de dicho explotador. De esta manera las masas descubrirán, ayudadas por la influencia ideológica del Partido, el carácter reaccionario y de clase del gobierno, así como la necesidad de barrer de él a los explotadores para resolver definitivamente sus problemas.

Es preciso, además, a la inversa de como proceden los revisionistas, que todo lo entregan a sus burócratas sindicales o a sus parlamentarios, conseguir que en cada lucha, el peso principal de la actividad resida en las masas mismas y que estas multipliquen sus iniciativas, que fortalezcan su organización a través de la acción misma y que presionen de mil maneras, en forma directa, a los explotadores y al gobierno, sin confiarse en los trámites legales.

Es preciso tener en cuenta, además, que las más valiosas luchas, desde un punto de vista revolucionario, son aquellos en que las masas conquistan de hecho y directamente, por la fuerza de su combatividad y de la solidaridad reivindicaciones o derechos, sin necesidad de esperar que les sean otorgados por las autoridades y defendiéndolos luego con firmeza. Debemos planear, por lo tanto, este tipo de acciones en todos los lugares, asegu-

rando su éxito y aprovechándolas para enseñar a las masas que si todo el pueblo hace valer su fuerza y combatividad es posible, también, conquistar de hecho el poder.

Las células de nuestro Partido, firmamente enclavadas en los centros de masas, y cada militante perteneciente a ellas, debe multiplicar por ciento o más su influencia, es decir, no debe valer sólo por su acción individual, sino, por las masas que es capaz de mover y dirigir a la acción. Esta condición distingue verdaderamente a un Partido de un simple grupo revolucionario, en el cual *todos los trabajos y actividades los desarrollan los propios militantes, sin ser capaces de arrastrar a las masas al combate.* Para conseguir esta dirección de masa nuestra células deben estar atentas a sus anhelos para promover la lucha por su solución. Más aún deben ser capaces de descubrir nuevos motivos de lucha, incluso, antes de que las masas los descubran, despertando conciencia sobre los problemas que afectan a las masas, la voluntad de combatir para lograrlo, organizando, luego, la acción con este objeto.

Cada combate debe servir para educar a las masas sobre la base de su nivel concreto de conciencia y sin plantearles consignas y acciones que nos estén todavía preparadas para comprender o iniciar. Lo importante es que ese progreso de la conciencia y de la acción de las masas, se desarrolle lo más rápido que sea posible, dado su nivel político. Las acciones, por lo mismo, deben ir seguidas de discusiones con las masas para esclarecer los éxitos obtenidos o los fracasos, las experiencias positivas y los errores cometidos en la acción. Es preciso, no olvidar que el objetivo supremo es forjar en las masas conciencia de la necesidad de combatir por la toma del poder. Los más concientes y revolucionarios cuadros que surjan y se destaquen en la lucha de masas, deben ser particularmente educados y preparados para incorporarlos al Partido.

Dentro de los frutos que cada combate debe dejar entre las masas, no sólo está el desarrollo ideológico de estas, sino, también el afianzamiento de una serie de condiciones morales revolucionarias, de las que nuestros militantes deben ser modelos vivos frente a las masas. De la lucha debe surgir un mayor odio a los explotadores y a su gobierno; la confianza de las masas en su propia fuerza e iniciativa; el valor y el repudio a todo servilismo frente a los explotadores; la dureza y repudio frente a los halagos y a la demagogia reaccionarios; la disciplina y el espíritu de solidaridad y otras virtudes revolucionarias.

Al mantener firmemente la lucha de clases, profundizando la combatividad de las masas, es preciso contar con la represión de los sectores reaccionarios. Justamente por esto los revisionistas han desterrado dicha combatividad y sólo aspiran a lograr una rápida conciliación de los trabajadores con los patronos y con el gobierno. Nosotros, en cambio, no podemos detenernos a mitad de camino porque aspiramos a la conquista del poder, precisamente, a través de una profunda lucha de masas elevada a formas superiores de combate. Nuestro Partido, por lo mismo, debe estar preparado desde ya y en condiciones de preparar a las masas mismas para cualquier forma de lucha.

Este desarrollo y conducción de la lucha reivindicativa y de masas es, por lo tanto, diametralmente opuesto al que practican los revisionistas, empeñados siempre en sujetar la acción de masas dentro de los términos legales aceptables para la burguesía. La aplicación, pues, efectiva de esta línea revolucionaria de masas permitirá que estas nos distingan de los revisionistas, no sólo a través de nuestros planteamientos, sino, en razón de la práctica, de nuestros métodos diferentes de conducción de la lucha popular.

Es verdad que para triunfar en la lucha revolucionaria de masas por el poder, lo fundamental es contar con la dirección de estas masas, con su apoyo y con su

decisión de combatir. Sin embargo, no basta contar con las masas en general y pretender, como declaran los revisionistas, que es suficiente llamar a las masas a la calle, en cualquier momento y sin acciones ni preparación previa, para enfrentar la represión organizada de los reaccionarios, para detener un golpe fascista, una intervención del imperialismo o cualquiera otra forma de violencia de los sectores explotadores. Esta no es más que una nueva y criminal falsedad de los revisionistas, destinada a ocultar su renuncia a preparar o dirigir cualquiera lucha de masas destinada a enfrentar la represión reaccionaria. Para que las masas estén preparadas no sólo para enfrentar golpes o intervenciones reaccionarias, sino, para ir quebrando progresivamente su resistencia hasta conquistar el poder, deben estar dirigidas, orientadas y preparadas por un Partido revolucionario que esté realmente dispuesto a combatir en este terreno y a desterrar de entre las masas toda ilusión en la posibilidad de llegar al poder por la "vía pacífica".

El propósito de conquistar el poder a través de la dirección de la lucha revolucionaria de las amplias masas populares por parte del Partido revolucionario, se opone, así mismo, a la idea de reducir el combate por el poder a un foco guerrillero. De lo que se trata, por el contrario, es de movilizar al pueblo entero, incorporándolo de diversas maneras a la forma principal de lucha destinada a aplastar las fuerzas represivas del adversario. No se trata de reemplazar artificialmente a las masas populares en una lucha que ellas mismas deben librar, dirigidas y preparadas por el Partido revolucionario; ni en reemplazar a dicho Partido por organismos simplemente militares, dejando, por medio de una falsa actitud "neutralista" en la lucha contra la influencia apaciguadora del revisionismo, a las masas entregadas a la dirección de estos oportunistas.

Camaradas, sintetizando lo que hemos dicho. Nuestro estilo de lucha, el desarrollo y preparación de nues-

tro Partido y la consolidación de sus vínculos con las masas, deben orientarse en función de la preparación de una lucha revolucionaria del pueblo por el poder, con plena conciencia de que los reaccionarios opondrán la fuerza de las armas al avance popular hacia esa conquista del poder. Si tenemos permanentemente en nuestra conciencia este objetivo y las características fundamentales que tendrá ese combate por el poder, nos distinguiremos a fondo de los oportunistas.

Esperamos que de este histórico Congreso, de este Primer Congreso marxista-leninista de los comunistas chilenos, salgan planes concretos de trabajo con la orientación señalada y, sobre todo, que los delegados que a él han asistido salgan con plena conciencia de su responsabilidad revolucionaria a transmitiría al Partido entero. Ya no es hora, camaradas, de vacilaciones, de dudas, de esperar pasivamente que la lucha comience por algún lado para incorporarse a ella. Está claro que esta responsabilidad de conducir a nuestro pueblo por el verdadero camino revolucionario, la tenemos nosotros y sólo nosotros en el momento presente. Está claro que el combate revolucionario no caerá del cielo y que, puesto que las condiciones objetivas están dadas, sólo falta un Partido revolucionario como el nuestro que organice y dirija a las masas liberándolas de la influencia apaciguadora y contra-revolucionaria de los revisionistas. Debemos salir de aquí plenamente conscientes de que cada uno de nosotros no sólo tiene deberes colectivos en el Partido, sino, también, una fundamental responsabilidad personal y que la organización es muy poco lo que puede hacer, si todos esperan de los demás o de los dirigentes, que se les transmitan el valor, la iniciativa, la abnegación, la disciplina, el heroísmo revolucionario que cada cual debe entregar por imperio de su propia voluntad y conciencia.

¡Viva el Primer Congreso Marxista-Leninista de los Comunistas chilenos!

¡Viva el Partido Comunista Revolucionario!

IMPRESA BIO-BIO
DÁVILA 734
SANTIAGO
